



PACYFIK DYDYCZ
OFM Cap.

LLAMADO DESDE LA TIERRA DE PODLASIE

*EL BEATO HONORATO KOZMINSKI
Capuchino (1829-1916)*

AQUILA BIANCA

PACIFICO DYDYCZ, OFM^{Cap}

LLAMADO DESDE LA TIERRA DE PODLASIE

*EL BEATO HONORATO KOŹMIŃSKI,
CAPUCHINO (1829-1916)*



AQUILA BIANCA
ROMA 1990

Miejska Biblioteka Publiczna
Biała Podlaska



REGIONALIA

Con permiso de la autoridad eclesiástica

Tradujo, Benjamín Pertejo, Capuchino

Las ilustraciones provienen de:

1. Instituto del Beato Honorato en Varsovia
2. P. Eustasio Lisowski, ofmcap.
3. Sr. Ricardo
4. De la colección del autor

© Aquila Bianca
Borgo Pio, 76 - Roma - Tel. 6867528

Impreso en: Tipografia ROMAGRAFIK
Via Vittorio Putti, 13 - Roma - Tel. 538249

A MODO DE INTRODUCCION

«Los hombres estaban convencidos — y su creencia se confirmaba místicamente en cada acontecimiento de la historia — que la Patria era el centro del mundo. Al principio las Patrias no tenían fronteras; más bien eran centros y, esta palabra «centro», como el eje de una rueda, hace referencia a la idea de «medio», «modo»: en adelante la Patria será el centro natural del mundo (...) La Patria, los compatriotas constituyen una unión moral sin la cual no existirían los partidos, sin la cual los partidos serían bandas o «partidas» enfrentadas; la discordia y la melodía de las palabras serían respectivamente su hogar y su realidad. (...) Una nación no está formada exclusivamente de lo que la distingue de las otras, sino también de lo que la une con las otras».

Cyprian Kamil Norwid



«Cada estrato social tiene un orden adecuado: por una parte, los comerciantes y los artesanos, por otra, los campesinos y los agricultores, las muchachas del campo, los ciudadanos; las personas instruídas y los intelectuales; los almacenistas y los trabajadores de la industria; las mujeres que sirven a Dios en bares y tiendas, las que trabajan en los hospitales, las que asisten a los enfermos en sus casas. Todo este conjunto está organizado según las exigencias de nuestro tiempo. Si la Iglesia bendice esta obra, se propagará por todo el mundo».

Procopio Leszczyński, OFMCap



Nuestra vida terrena es el camino hacia la vida eterna. Dios nos asigna a cada uno de nosotros un encargo referente a su santo servicio, importante y particular, que constituye nuestra vocación. Dichosa el alma que la encuentra, la comprende y la realiza. Sólo entonces madurará convenientemente su personalidad y todos los dones y cualidades concedidos se desarrollarán para conseguir su fin. Sólo entonces alcanzará la máxima perfección que Dios quiere de ella».

Beato Honorato Koźmiński OFMCap.



«Otras vidas las conozco mediante las informaciones que me llegan a través de la Congregación para las Causas de los Santos, ésta la conozco personalmente. El Padre Honorato es una figura de primera magnitud. Debe conocerlo el mundo entero».

El Papa Juan Pablo II

DATOS HISTORICOS SOBRE PODLASKA

El beato Koźmiński, capuchino, nació el 16 de octubre de 1829 en Biala, llamada entonces Ducal (Ksiazeca) y hoy Podlaska. Es el único beato hasta ahora nacido en Podlaska. Expliquemos antes de nada dónde se halla esta tierra, qué la distingue de las demás.

A pesar de ser un nombre bastante familiar entre los polacos, se trata de una de las regiones menos conocidas de Polonia. Diversas son las circunstancias que han propiciado este desconocimiento, pero la más importante se debe a su configuración de tierra de «tránsito», de «intermedio». Podlaska siempre ocupó una situación periférica, desempeñó siempre un punto de unión y nunca alcanzó una identidad política propia. Jamás fue un principado soberano, por más que entre los títulos que correspondían al rey de Polonia figurase el de Duque de Podlaska. Nunca se constituyó en Vaivodía (provincia) por sí misma. Aunque efectivamente existió una zona administrativa llamada «vaivodía de Podlaska» (unida a Drohiczyń), ésta comprendía una parte del territorio que estamos estudiando. Tal vez la razón determinante que dio paso al hecho de la ignorancia sobre Podlaska, se deba a su situación de «intermedio» de tránsito; pero, al mismo tiempo, esta situación se puede con-



Interior de la iglesia de los Capuchinos en Biala Podlaska



Convento de los Capuchinos en Biala Podlaska

siderar como la fuente de su personalidad histórica, política, cultural y religiosa. Examinemos su geografía y su etnografía.

1. Podlaska comprende un área situada al norte de Lublín, al este de Varsovia, al sur de Suwalki y Lomza, al oeste de Wolkowysk y Brzesc. El río Bug la delimita desde las fronteras de Bielorussia; por tanto, a partir de Nemirów la divide en dos partes: Podlaska septentrional y Podlaska meridional. Podlaska es llana y verde. A pesar de las múltiples devastaciones ecológicas sufridas, se conservan muchos bosques, el principal de todos Puszcza Bialowieska. No faltan los lagos. El suelo no es fértil. Los habitantes de la zona practicaron, además de la agricultura, la caza, la pesca y el pastoreo. Al disponer de las aguas del Bug y del Canal Regio, creado para unir los embalses del Vístula y del Dniepr, como vías de navegación, muchos se dedicaron al

transporte fluvial. Se han descubierto en la zona algunos yacimientos calcáreos. Un destino apacible les ha tocado a los habitantes de esta tierra.

2. ¿Quiénes eran los primeros habitantes de esta tierra? También ellos fueron el resultado típico de una tierra de transición. La población de Podlaska es la propia de una zona fronteriza. Podlaska era el rincón donde concurrían los Polonos, los habitantes de la Rus y de Lituania. Hasta allí llegaban tribus muy distintas para emigrar de nuevo a otro lugar. Pero siempre se quedaban algunas gentes y echaban raíces. Personas de tan diversos orígenes llevaban una vida «sui generis», similar y al mismo tiempo diversa a la de sus vecinos. Entraba en lo previsible que el producto final, el «tipo podlaquiano» presentara tradiciones específicas, un idioma un tanto áspero y un enorme apego a sus orígenes. Los árboles genealógicos terminan por entrecruzarse y se renuevan en direcciones muy dispares. Durante algún tiempo habitaron en Podlaska numerosos Caraimitas (todavía hoy se pueden contemplar sus antiguas moradas con las tres ventanas típicas y el friso mirando hacia la calle). No faltaron los Tártaros de pura sangre. En los pueblos pequeños las familias hebreas pudieron vivir una existencia tranquila. Como suele suceder, esta tierra se convirtió en crisol de razas para aquellos linajes orientales: Polacos, Bielorrusos, Ucranianos, Lituanos, Judíos, sin olvidar a los gitanos. Una «república» multinacional, abierta a cualquier novedad, con ideales muy queridos por aquellos pueblos. Para los habitantes de Podlaska existen dos puntos de referencia imprescindibles, dos valores que determinan la identidad del individuo: el vínculo natural con Podlaska, la tierra de origen, la casa natal y la unión irrenunciable con Polonia, la patria imperecedera en sentido político. El mismo nombre de Podlaska indica la idea de sujeción (pod) a los Polacos (Lachy en su más antigua acepción). Alguno deriva este nombre de la palabra «las» (bosque), pero me parece

que no está en lo cierto. Estas tierras tomaron el nombre de Podlaskia porque estaban sujetas al dominio de los lechitas. Este dominio fue constante, muy distinto a lo que sucedió, por ejemplo, con la contigua Polesia.

3. Reseñados los datos de la geografía y de la etnología de la región, vamos a hablar ahora de su historia. A lo largo del último milenio Podlaska fue siempre — exceptuado el período entre las dos guerras — lugar de tránsito. En el tiempo de los primeros Piast (familia real) Podlaska meridional pertenecía al estado de los Polanos y constituía la rama del nordeste. Luego estuvo sujeta al dominio absoluto de una población de ascendencia báltica, los Jadzwingi, para volver más tarde, al menos su parte meridional, al dominio de los Piast. En el curso del siglo XIV Podlaska fue incorporada casi toda ella al Gran Ducado de Lituania, debido a una revolución.

Así permaneció hasta la estipulación de la Unión de Lublín, en virtud de la cual la parte meridional se transfirió a la Corona. El tercer reparto de Polonia tuvo un reflejo simétrico en Podlaska, que podemos llamar simbólico: también esta región se desmembró en tres partes. Las líneas de demarcación se cruzaban sobre el río Bug, cerca de Niemirów. Las campañas napoleónicas y el Congreso de Viena determinaron una enésima configuración de los límites de Podlaska. El nordeste de la zona fue incorporado al Imperio ruso, mientras que la meridional se mantuvo dentro del Reino de Polonia, llamado Reino del Congreso. La situación cambió radicalmente después de la primera guerra mundial. Podlaska quedó dentro de las fronteras de la Polonia independiente y, considerando la distribución territorial del nuevo estado, ocupó prácticamente el «corazón», perdiendo su vieja posición periférica. Pero veinte años más tarde, en 1939, volvió a su tradicional situación. Primeramente se la repartieron entre sí los ocupantes rusos y alemanes, más tarde, tras la expulsión de los alemanes, se la relegó de nuevo. Y así se encuentra en la actualidad.



Arte popular en Podlasia

El infortunio de tantos cambios en la región no debilitaron jamás el patriotismo de sus habitantes; por el contrario, lo reforzaron y ahondaron. Existen numerosas pruebas de este sólido patriotismo, siempre en coincidencia con los períodos de mayor desgracia. En el tiempo del «diluvio» sueco (invasión sueca 1654-55), mientras otras provincias polacas se rindieron al invasor llegado del norte, aquí se formó una confederación para combatirlo. Y durante el siglo pasado no se produjo ningún movimiento liberador sin que encontrase su apoyo en Podlaska. En los años de la ocupación nazi el movimiento partisano A.K. se propagó como una mancha de aceite. Incluso si prescindiéramos de todo esto, ¿qué tierras polacas recibieron el mayor baño de sangre de la fe de los mártires, sino Podlaska, patria de los he-



Sede del Instituto de bachillerato Józef Ignacy Kraszewski en Biala Podlaska (antes Academia de Biala y Escuela Provincial)



Torre del antiguo castillo de los Radziwill en Biala Podlaska

roicos Uniatas,(1) víctimas de la persecución zarista? Esta última anotación nos conduce a examinar la historia del cristianismo en la región.

4. El cristianismo penetró en Podlaska por distintos caminos. Se cuenta que estas tierras fueron recorridas por san Bruno de Querfurt. Con toda seguridad que aquí se detuvo san Jacinto Odrowaz al realizar su peregrinación a Prusia. La situación periférica de la región se refleja en la duplicidad del ritual cristiano que ha llegado hasta nosotros. Esta duplicidad, todavía hoy utilizada, nunca rompió la unidad de la Iglesia. En efecto, la cristianización se debe en parte al bautismo de Mieszko I en parte al de Vladimiro de Kiew. Se consolidó gracias al archidiaconado establecido en Luków perteneciente a la diócesis de Cracovia. La aparición de la ortodoxia cismática va unida al aumento de la población de origen ruso. La República, tolerante en materia confesional, favoreció el proceso de reunificación voluntaria de las dos Iglesias, acordada en la Unión de Brest, en el límite oriental de Podlaska. La unión produjo definitivamente la desaparición de la ortodoxia en la región.

En Podlaska nunca más se habló de luchas o discrepancias religiosas en lo fundamental. La vida se desenvolvía armoniosamente. Los mártires se dieron en otros sitios: san Andrés Bobola en Polesia y anteriormente san Josafaz Kuncewicz en Witebszczyzna. Las reliquias de este último, después de una permanencia bicentenaria en Biala Podlaska y algunos años de peregrinación, reposan bajo la cúpula de S. Pedro de Roma.

Al llegar el tiempo de los repartos los uniatas sufrieron un destino trágico. A partir de 1838, en los territorios del nordeste, anexionados a Rusia, se acometió coactivamente la conversión de los uniatas a la ortodoxia. Los territorios meridionales, pertenecientes al Reino del Congreso conservaron largamente una relativa libertad religiosa. Aquí continuó su actividad la única diócesis uniata de Chelm-

Podlaska. Pero también en los territorios del Reino los uniatas fueron objeto de persecuciones atroces desde 1874. Pueblos enteros, como Pratulin, Polubicze y Drelów, fueron arrasados por los cosacos. Con un valor admirable, los uniatas defendieron su unión con la S. Sede. En 1905, tras la publicación del llamado «decreto de tolerancia», casi todos los uniata, a los que forzosamente se les había impuesto la ortodoxia, retornaron a la unidad con Roma e incluso adoptaron el rito latino. Dieron, por tanto, una prueba de madurez cristiana: prefirieron la unidad a los ritos de la tradición.

Muy distinto fue el destino de los católicos romanos dependientes originalmente del archidiaconado de Luków dentro de la diócesis de Luck a la que había sido anexionada gradualmente casi por entero Podlaska. Los titulares de la sede durante el período de la República residieron casi siempre en Janów (antes Biskupi, es decir, episcopal; actualmente Podlaski) y así se mantenían cerca de la capital. A causa de los sucesivos repartos la administración de estas tierras sufrió varios cambios. La zona nordeste de Podlaska, dependiente durante algún tiempo de la diócesis de Wigierz, fue incorporada a la diócesis de Vilna. El noroeste en un principio formó parte de la diócesis de Wigierz y Plock, pero después del congreso de Viena pasó a la de Plock y Sejn. Las tierras al suroeste del Bug formaron una diócesis propia, llamada Podlaska o Janów.

Después de la insurrección de enero la diócesis fue desmantelada y su último obispo, el capuchino Benjamín Szymanski, murió en el exilio. La constitución del estado polaco tras la primera guerra mundial, dio lugar a la erección de la diócesis de Podlaska. La sede episcopal fue trasladada de Janów a Siedlce por lo cual tomó el nombre de «diócesis de Podlaska o Siedlce».

En virtud de un decreto pontificio de 1925, el nordeste de Podlaska entró a formar parte de la diócesis de Pińsk;



Martirio de los «uniatas» en Pratulin

la zona septentrional fue incluida en la archidiócesis de Vilna y un minúsculo territorio situado al noroeste fue a parar a la diócesis de Lomza. Esta es la situación actual en lo que se refiere a la administración eclesiástica de la Iglesia católica, cuyos fieles son con mucho la mayoría de los ciudadanos de Podlaska.

5. Sin embargo, Podlaska continúa siendo una región de diversas culturas, religiones y hasta nacionalidades. En la zona del nordeste vive una numerosa comunidad ortodoxa con dos conventos, uno femenino y otro masculino. En Kostomloty se conserva la única parroquia territorial uniata de rito bizantino-sinodal. Todavía existen algunos Caraimitas y de la presencia tártara quedan algunos vesti-



Convento de los Capuchinos de rito oriental en Lubieszów

gios en el cementerio de Studziankz. En Treblinka y Sobibór se erigieron dos mausoleos a la memoria del pueblo judío tan atrozmente torturado durante la última guerra.

6. Son infinitos los modos que contribuyen al desarrollo de la cultura, las artes y las ciencias. Se crean obras nuevas y se refuerzan las antiguas. Se transmite y hereda la convivencia y las costumbres. Por un lado, se cuida solícitamente las preciosas tradiciones; por otro se da entrada al pensamiento innovador. Podlaska ha contribuido con aportaciones propias a la cultura. Aquí surgió en el siglo XVII el cuarto ateneo polaco, conocido como Academia de Biala. Aquí nacieron y se contagiaron de la atmósfera del lugar algunos eminentes escritores, como J.I. Kraszewski y

H. Sienkiewicz. Este último poseía el raro privilegio de influir en las mentes y en las conciencias facilitando el paso de la Polonia nobiliaria, con modelos caballerescos ya pasados, a la Polonia moderna, todavía en embrión.

Mencionaremos otra aportación, más relevante todavía, sobre todo en momentos decisivos: el derramamiento frecuente de sangre en la lucha por valores supremos, los valores de la fe y de la libertad. Podlaska está construída a costa de la sangre de los mártires uniatas, de la sangre de los soldados caídos por la independencia de la patria polaca, de la sangre de los judíos torturados por el paganismo totalitario. Es el tributo que han rendido hombres importantes, tanto en tiempos pasados como modernos.

Dos caras podemos descubrir en Podlaska: una, la que amablemente sirve de paso, abierta y hospitalaria con todos; la otra, la que se halla siempre dispuesta a ofrecer la propia sangre en defensa de Polonia. Esta es la peculiaridad que la distingue y por la que se da a conocer. El ámbito de Podlaska está abierto material y espiritualmente y, dentro de su escasa extensión, guarda en depósito la herencia de la antigua República, de la Serenísimas, como usualmente se la llamaba.

(1) Nombre dado a los cristianos de Oriente en comunión con la Iglesia católica de Roma.

LA FAMILIA KOZMINSKI

La familia Koźmiński residía en Podlaska hacía varias generaciones. La casa natal y la hacienda de los Koźmiński se encontraban en Ostromeczyn. El abuelo del beato Honorato fue un sacerdote uniata, casado y con hijos, como sucede en casi todos los ritos orientales de la Iglesia católica, al estar permitido por el derecho canónico oriental. Agudo observador de la política zarista, el reverendo Leon Koźmiński, ya en la época del primer reparto, pensó que había que proteger a sus descendientes de una conversión forzosa a la ortodoxia. Con toda probabilidad su hijo Esteban fue bautizado en el rito latino. Para el reverendo León la unión con Roma era sagrada.

Terminados los estudios, Esteban Koźmiński obtuvo el cargo de «constructor municipal» provincial en Biala Podlaska con lo que se granjeó una gran estima entre sus conciudadanos. Quedó viudo relativamente pronto. Se volvió a casar con una muchacha veinte años más joven que él, Alejandra Kahl, criada en casa del alcalde de Ostrów Lubelski, Debczyński. Precisamente frecuentaba la zona de Biala, particularmente Woroniec y Huszlew, acompañando a los señores Debczyński, con objeto de venerar la imagen de S. Antonio a la que se rendía profundo culto en aquellos lugares.

En el curso de estas visitas nació la amistad, que luego



se transformó en boda. El segundo fruto de esta unión, nacido el 16 de noviembre de 1829, fue Wenceslao, futuro P. Honorato. Dos madrinas y dos padrinos lo presentaron al bautismo; uno de los padrinos era don Bartolomé Dadziszewski, párroco y canónigo de Biala más tarde administrador de la diócesis de Podlaska. Cuatro nombres le impusieron al niño: Florentino, Wenceslao, Juan y Esteban. En familia se le llamaba por el segundo. Al futuro P. Honorato le conocían todos por el nombre de Wenceslao (Waclaw).

En Podlaska los tiempos habían sido muy duros, pero ahora se hicieron más duros todavía. Estalla la insurrección de noviembre en la que pierden la vida dos hijos del primer matrimonio de Esteban Koźmiński. Fracasada la insurrección, en Podlaska (y por lo demás en el Reino del Congreso) se inició un período de intensa rusificación. Los primeros años de colegio del muchacho Wenceslao coinciden precisamente con esta fase.

Muy pequeño, a la edad de ocho años, ingresó en la escuela provincial, escuela media, y no pudo frecuentar el instituto de Biala sino a última hora. Era el último resto de la Academia local, desmantelada después del tercer reparto de Polonia, y que gozaba de buena fama (en sus bancos se había sentado Kraszewski). Por razones desconocidas el padre de Wenceslao decidió abandonar Biala y Podlaska a pesar de los vínculos muy antiguos que ligaban a su familia con aquel lugar. Posiblemente en su decisión pesó un contencioso surgido entre el convento de los Paulinos de Leśna Podlaska y el cargo provincial en que estaba empleado Esteban Koźmiński.

No faltan otras explicaciones. De hecho los Koźmiński se trasladaron a Włocławek y el cabeza de familia obtuvo un empleo similar al que desempeñaba en la provincia de Cuiavia. Dado que en Włocławek no existía instituto, Wenceslao y su hermano mayor fueron enviados a estudiar a Plock. Aquí se alojaron en casa de la familia Lemański, cu-



Alejandra Koźmińska



Wenceslao Koźmiński

W S Y S T E M

PIZZE SETTE

M A R J I

16 Hyem
Dni obchodni
Francis

Posteljiuie woby nie obfajnia, w wani, pprawi, en
niunego co X B. & pnelonal lui tyis, ni opowide
klara bo nabe same samy dala stowmy odur
iok inauy ni's dygnest, lotio noma tak abli
delanoz boganglady niephwinda kied es
na ne choi'lena ognera w frany: i' wrode
hon e edraino d hien IX. dno H X lar
tyual eye. i' was z belyte. . P' heny weny
kardynat v i' lank: na p' rike M Marqu
my p' rale de l wanygo ab' was d' p' rike
de obloayn - d Pa i' by dy 8^e d' l' on
niebely p' rikestione, n nane d' l' yte p' rike
h' l' on, d' l' yte, p' rikestione wicisqz
h' l' y, i' d' l' yte noma dy' w' rane p' rikestione
w d' l' yte, g' l' y, ni p' rikestione. Oie wicisqz
p' rikestione, i' d' l' yte p' rikestione d' l' yte.
h' l' yte d' l' yte, i' d' l' yte p' rikestione

Manuscrito del beato Honorato

yo hijo mayor, Casimiro, tenía la misma edad que Wenceslao. Pronto trabaron amistad los dos jóvenes. Casimiro era indiferente en materia religiosa y tal vez esta indiferencia provocó crisis religiosas en Wenceslao. Por otra parte, los estudios continuaban regularmente y a los quince años Wenceslao había terminado el bachillerato.

Con el fin de acceder a los estudios superiores se trasladó a Varsovia e ingresó en la Academia de Bellas Artes de reciente creación. Wenceslao predendía trabajar en la misma profesión de su padre, es decir, constructor municipal. Todo se desarrollaba sin obstáculos hasta septiembre de 1845 en cuyo mes Wenceslao recibió un primer golpe: inesperadamente muere su padre. Viuda y con cuatro hijos, la joven madre no se desespera. Con la ayuda de los familiares decide que Wenceslao continuara los estudios. Pero un segundo golpe aflige a la familia. El 23 de abril de 1846, pocos meses después de la desaparición de su padre, Wenceslao fue arrestado y recluso en la Ciudadela de Varsovia. Sin haber cumplido todavía diecisiete años, por dos veces la mala suerte ha descargado el rayo sobre él.

Hasta ahora permanecen oscuras las razones por las cuales la Ochrana (policía secreta zarista) encarceló a Wenceslao. Toda Europa era presa de una tormenta arrolladora, preludio de la Primavera de los Pueblos, y en Polonia fermentaba la revolución. ¿Cuál fue el verdadero motivo del encarcelamiento? Tal vez la amistad con Carlos Ruprech, procedente de Biala y activista en el movimiento conspirador. Pudiera tener relación con el fracasado asalto de Kielce, obra del grupo insurrecto de Pantaleón Potoki. La duda permanece sin resolver.

En cambio están muy claras las razones que determinaron el cambio interior del joven Wenceslao. Si consideramos que el aislamiento de la cárcel favorece la concentración interior, posiblemente resultó tan eficaz como un retiro espiritual para plantearse las cuestiones de la fe.



Padre Honorato Koźmiński

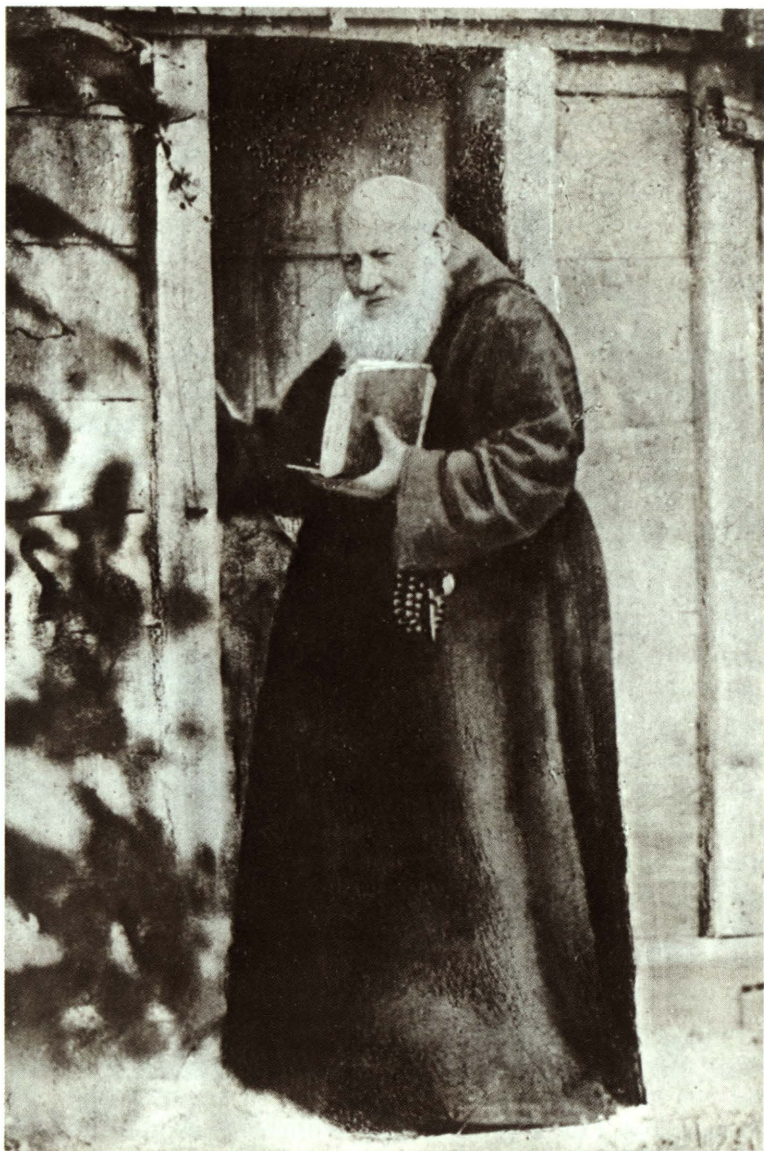


Padre Procopio y padre Honorato

La espantosa depresión en que había caído el joven en la celda de la prisión fue el punto de partida (como sucede a las personas dotadas de sensibilidad) para rehabilitar su alma y alcanzar un grado superior de integridad mental. La vuelta había tenido lugar el día de la Asunción. Alejandra Koźmiński había rezado con fervor por la libertad del hijo buscando al mismo tiempo influencias para acelerarla. Finalmente el día de la pasión de Nuestro Señor (marzo 1847) Wenceslao abandonó los muros de la Ciudadela.

La vuelta a la fe acaecida en la cárcel, tuvo su natural complemento en una confesión general realizada algunas semanas más tarde en la iglesia de los reformados de Włocalwek coincidiendo con el domingo del Buen Pastor. De nuevo Jesús toma sobre sus hombros una oveja perdida. Dos corazones de madre se llenaron de alegría. El de la Madre celeste cuya intercesión se había revelado tan eficaz y el de la madre terrena cuyo amor había triunfado.

Entre tanto la vida renovó su curso. Wenceslao volvió a sus estudios en Varsovia. Su cambio de vida se debió al encuentro con el P. Procopio Leszczyński, capuchino, un guía espiritual de mucho renombre y autor de obras populares religiosas. Se lo presentó un compañero de escuela. Se confesó con él con motivo del jubileo extraordinario declarado por Pío IX después de su elección. Parece que en el curso de esta visita Wenceslao descubrió su propia vocación religiosa. Por lo menos, desde aquel día la idea brotó en su conciencia hasta que se afianzó definitivamente. Aquel mismo año Wenceslao entró en la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos. Como sucede con frecuencia, la madre se sintió herida por la decisión de su hijo y, a pesar de su profunda religiosidad, al comienzo la combatió. Quizás contaba con su ayuda para sacar adelante a los hermanos menores; tal vez había puesto sus ilusiones en su adorado hijo. No lo sabemos. Fuera lo que fuera, Wenceslao se mantuvo en su propósito, y el día 8 de diciembre de 1848 llamó a la puerta del convento de la calle Miodowa en Varsovia.



Padre Honorato en el «desierto»



Confesonario del P. Honorato en Nowe Miasto

Volvió la espalda a la escuela, a los amigos, a la familia. Tenía que olvidar los sueños de la infancia y los proyectos juveniles. ¡Qué distinto era el futuro que se le presentaba después de aquella elección tan inesperada! ¡Sólo Dios conoció sus penas y angustias interiores! Pero Dios estaba con él. Nada tan arduo y doloroso como la separación de una familia buena, primer contacto con la vida, donde se echan raíces como un árbol las echa en la tierra. Era un árbol de Podlaska.



Padre Honorato en el féretro

LA VOCACION FRANCISCANA

Los acontecimientos que tuvieron lugar a caballo de los siglos XVIII y XIX motivaron un nuevo interés en torno a la herencia de S. Francisco de Asís. Varias circunstancias concurrieron para despertarlo. El glorioso movimiento de «libertad, igualdad, fraternidad» — relectura de auténticos conceptos evangélicos — impulsado por los políticos, se había convertido en letra muerta. En realidad bien poco se había beneficiado de este movimiento el pueblo. Más bien tuvo que soportar sufrimientos mayores, como las guerras y los abusos de los poderosos.

Una vez más se demostró que el fin no puede ni debe justificar los medios. Afortunadamente en esta época conflictiva se recuperó la herencia del Santo de Asís. Apoyados en él se comenzaron a buscar nuevos caminos más apropiados para realizar el mensaje evangélico.

La situación de Wenceslao era curiosa. Toda su juventud parecía destinada a la vivencia de la espiritualidad franciscana. En Biala pudo contemplar el trabajo pastoral de los hijos de S. Francisco en la iglesia de nuestra Señora de los Angeles, hoy llamada de S. Antonio. En Wloclawek le había conmovido la orden de los Reformados. Finalmente, en Varsovia se había encontrado con los Hermanos Menores Capuchinos, una de las reformas más jóvenes de la familia franciscana.

La figura del «poverello» de Asís no le resultaba extraña a Wenceslao. Seguramente que también encontró las huellas del santo en sus reflexiones sobre la historia y el pensamiento del hombre. Cuando llegó el momento de emprender un camino personal, la elección recayó sobre el camino trazado por los Hermanos Menores Capuchinos. Se trata de una verdadera sorpresa. La orden apenas había arraigado después de ser «trasplantada» por Juan III Sobieski. Precisamente este «trasplante» tuvo lugar cuando la historia de la débil República se apagaba a causa de los repartos.

Los reformadores franciscanos se propusieron una imitación lo más fielmente posible del modelo evangélico y una sincera actividad que se reflejará hasta en el propio hábito. Por lo demás, respondía a la aspiración social, y en esa misma dirección empujaban los sentimientos religiosos del pueblo. Lo que es claro y coherente agrada a todos. Todo esto le cuadraba muy bien a la sensible personalidad de Wenceslao Koźmiński. Su voluntad había superado la prueba de fuego. A tomar la decisión contribuyeron motivos muy profundos.

La Orden Capuchina, superada la fase de un primer «rechazo» relativamente pronto, se consolidaba fuertemente en Polonia; se injertaba en el presente y en el futuro de la nación llegando a ser uno de «sus compañeros de viaje» para el porvenir. Corrían tiempos difíciles, de alborotos y dominación extranjera. Los hermanos capuchinos se convencieron de que el éxito de su misión dependía de su capacidad de ponerse al lado de los más pobres, de los perseguidos, de los encarcelados, de los exiliados. Y así lo hicieron. La puerta de los conventos se abría a cualquier llamada de los pobres y desgraciados. Los hambrientos siempre encontraban comida en los refectorios; los religiosos visitaban personalmente a los enfermos y consolaban a los afligidos; franqueaban las rejas de las cárceles comunicando la esperan-



Altar de S. Félix en la iglesia de Capuchinos en Varsovia, completamente quemado durante la insurrección de 1944

za y el perdón de Cristo. Fortalecían los cuerpos y las almas con la oración. Las puertas de sus iglesias se mantenían abiertas; estaban siempre dispuestos a cooperar en el culto, en el confesonario y en la predicación. Repartían gozosamente el mensaje evangélico como parte de una rica herencia y, según las orientaciones del «Poverello» de Asís, ellos necesitaban muy poco.

Wenceslao observaba con cierto recelo la vida religiosa. Había soportado muchas pruebas siendo muy joven. Sabía que Dios merecía la alabanza de los hombres, era consciente de su vocación a la santidad «a costa de cualquier sacrificio», pero sentía también, como pocos, el latido del corazón de sus compatriotas. Fue arrastrado por la marea de la libertad y se enfrentó al sufrimiento por salvar a «millones». En aquellos tiempos resultaba sobremedida difícil optar por una senda u otra. Se inclinó por la senda de la fe. Siguió sus directrices hasta pasar el umbral del convento capuchino de Lubartów, entonces (1848) sede del noviciado. Recorrió el camino a pie desde Varsovia hasta la puerta del convento. Los acontecimientos se precipitaron. El día 21 de diciembre vistió el hábito y le pusieron por nombre Honorato (la fiesta de este santo se celebra litúrgicamente el 22 del mismo mes). El año del noviciado se pasa rápidamente; es el año de prueba tanto por parte del novicio como por parte de la Orden. ¡Qué diferencia conocer la Orden desde el interior! Necesitó realizar numerosos cambios referentes a su vida religiosa personal. No podía ser de otra manera. La vida religiosa no es inmutable. El noviciado facilitó a Honorato un conocimiento más profundo de la regla de S. Francisco, así como el lento descubrimiento del carisma capuchino como realización histórica, a su alrededor y dentro de sí mismo.

Honorato Koźmiński aspiraba a la vida religiosa sin pararse a considerar la circunstancia de la ordenación sacerdotal. Su vocación era simplemente la vida religiosa. Que-

ría ponerse incondicionalmente en las manos de Dios. Este es el punto más importante de la vocación religiosa. ¿Qué cosa puede ser más agradable a Dios sino la plena confianza en él confirmada por la sumisión a su voluntad? Así razonaba el joven novicio. Mas cuando los superiores le indicaron que debía prepararse para los estudios filosófico-teológicos en vista a la ordenación sacerdotal, aceptó porque era la voluntad de Dios.

Transcurrido el año del noviciado hizo los votos temporales y se trasladó por breve tiempo a Lublín, donde estaba erigida la casa de estudio de la Provincia Capuchina Polaca. En la misma ciudad de Lublín el 18 de diciembre hizo los votos perpetuos.

Al año siguiente fray Honorato se encuentra en Varsovia como estudiante realizando los estudios de teología asistiendo a las clases que impartían los profesores religiosos, llamados entonces «lectores». En la primavera de 1852 se ordenó de subdiácono y diácono que le obligaban a prácticas pastorales. Un momento importante para Honorato fue el primer sermón, predicado en Varsovia el 21 de mayo de 1852 con la asistencia de su propia madre y de otros familiares.

Según parece, suscitó una impresión muy positiva y recibió la felicitación de los familiares, de los religiosos y de los demás participantes en la celebración. No se trataba de simple cortesía o de felicitaciones de circunstancias; creemos que había razones suficientes, como demostrará su actividad futura.

Honorato entró en el convento después de haber cursado estudios en la Academia de Bellas Artes y poseía conocimientos universitarios. Esto no pasó desapercibido a sus superiores, los cuales le confiaron la explicación de algunas materias entre sus propios compañeros estudiantes. Todavía diácono, en septiembre de 1852, fue nombrado oficialmente lector, es decir, profesor en el Estudio Teológico de Varsovia. Poco después le nombraron secretario provincial.



Estatua de la Virgen Inmaculada bendecida por el padre Honorato en Rózanka. Actualmente se encuentra en Adampol, cerca de Włodawa.

Honorato trabaja cada día más, sin ahorrarse esfuerzos; parecía ganar tiempo — como si tuviera el presagio de que le quedaban pocos años en condiciones de relativa libertad para desarrollar su actividad pastoral.

Honorato se ordenó de sacerdote el día 27 de diciembre de 1852. Le corresponden nuevas tareas: las homilías, las confesiones, la celebración de la misa y otras funciones litúrgicas; las visitas a los enfermos y a los encarcelados. Más tarde tendrá que ocuparse de la dirección del convento de Varsovia y en parte de la administración de toda la provincia religiosa. Al padre Honorato nunca le faltaron las ganas de trabajar. Pero su organismo se rebeló con un debilitamiento gradual. El infatigable religioso no tuvo más remedio que tomarse un período de reposo. Los superiores lo enviaron al campo en casa de unas familias amigas, los Lubieński y los Zamoyski.

En el campo de Podlaska, especialmente en Kolan y Rózanka, Honorato se curó de una enfermedad pulmonar. De su estancia en aquellos parajes ha quedado el bello recuerdo de una estatua de la Virgen de estilo neoclásico, esculpida por el artista varsoviano Constantino Hegel, colocada originalmente en el patio de Rózanka, y trasladada después de la primera guerra mundial al parque de la villa de Adampol, en las cercanías de Wlodawa. La bendijo el padre Honorato el día de la Candelaria de 1858.

A pesar de la cantidad de trabajo, Honorato mantenía el ritmo religioso de cada día. El secreto del éxito se halla en la excelente organización de su trabajo. Honorato era consciente de la necesidad de mantener el contacto con Dios y por eso nunca le faltaba tiempo para la oración en el coro, para la meditación comunitaria. Se entregaba con frecuencia a la lectura espiritual, que junto con la Eucaristía, robustecían su espíritu y su cuerpo. Generosamente se abandonaba en las manos de Dios del que había recibido tantas gracias. No se limitaba, por tanto, a la observancia regular;

voluntariamente añadía otros actos, como la adoración frecuente del Santísimo Sacramento. Nunca olvidaba el rosario ni otros ejercicios de penitencia.

Gracias a esta intensa vida espiritual, las pruebas que soportó el beato Honorato a lo largo de su vida, no le causaron grandes dificultades; más bien le ayudaron a seguir más cercanamente a Jesucristo.

Durante los primeros años de su apostolado sacerdotal en Varsovia trabaja con todo entusiasmo, pone a pleno rendimiento su celo apostólico. Trabaja con alegría, con plena libertad y entrega de sí mismo.

Pero las cosas cambian de improviso. Fracasada la insurrección de 1863, el beato Honorato, joven de 34 años, se vio obligado a cortar todas sus actividades. Afronta la situación valerosamente; más aún, la acepta cordialmente. Esta experiencia significó para él «un especial don de la gracia». No fue simplemente un don o regalo, sino una gracia e incluso una gracia «especial».

LA ACTIVIDAD APOSTOLICA

La segunda mitad del siglo diecinueve se abrió con el preámbulo de algunas mejoras en el gobierno del Reino. Pero después de algunos meses de incertidumbre, el fiel de la balanza se inclinó, no sólo hacia métodos más rigurosos, sino hacia una persecución descarada contra la identidad polaca y el catolicismo. Antes de que esto aconteciese, el padre Honorato se había dedicado en cuerpo y alma a la pastoral, impulsado por dos motivos. Primeramente, era joven y su celo apostólico le exigía actividad. En segundo lugar, las necesidades pastorales eran inmensas. Como siempre uno de los problemas más importantes era la catequesis y la enseñanza de la religión que reclamaban la dirección de los colegios. El padre Honorato enseñó el catecismo en colegios femeninos a las madres, esposas o hijas de futuros insurrectos. Enseñó también religión a los niños de varios «asilos», sin olvidar al personal docente.

Las necesidades espirituales eran una cara de la moneda; la otra la representaban las materiales. Los súbditos del Reino estaban desesperados a causa de las presiones fiscales, se encontraban en condiciones verdaderamente penosas. Se multiplicaron las viudas y los huérfanos como resultado de la insurrección de noviembre. Muchas familias no podían garantizar a los hijos ni la subsistencia ni una adecuada instrucción. Ante el padre Honorato se abría un nuevo campo de actividad. La tarea sobrepasaba las posibilidades de una persona.



La iglesia de los Capuchinos en Zakroczym

El padre Honorato comienza a colaborar con la Sociedad de Beneficiencia de Varsovia. Al morir uno de sus más ilustres dirigentes, Stanislaw Jachowicz, acompaña su cadáver hasta el cementerio y allí pronuncia un sermón sobre el voluntariado, o por mejor decir, sobre la actividad social, sobre la ayuda al prójimo que debe nacer de la fe profunda y tomar fuerza de esa misma fe.

El sermón del padre Honorato parece que tiene en perspectiva y se dirige a su propia persona. Efectivamente, de ahora en adelante trabajará siempre en las causas sociales. El conocimiento profundo de esta problemática dará su fruto a lo largo de toda su vida y le proporcionará una ayuda enorme en la organización de nuevas comunidades religiosas ofreciéndoles ideales sobrenaturales unidos a exigencias sociales. Con el tiempo se adentrará en la problemática más amplia de la pastoral de la mujer.

Recordemos que las guerras napoleónicas primero, la Insurrección de noviembre y numerosos movimientos irredentistas luego, dejaron huérfanas muchas familias. La responsabilidad del hogar familiar había recaído con todo su peso sobre las espaldas, o mejor dicho, sobre el corazón de muchas madres. Las mujeres se convirtieron en defensoras de la tierra, de la identidad nacional y de la fe católica. Tal vez hubiesen tenido que pasar muchos años para poder contar con alguna ayuda. Nadie podía sustituirlas en aquel compromiso. A estas mujeres no podía faltarles la fe y el coraje. Ciertamente que en algunas ocasiones se hundían en la desesperación y se rendían en la lucha. Con más razón necesitaban que alguien les echara una mano.

No todos los pastores se daban cuenta de ello. El padre Benjamín Szymński, capuchino, advirtió la desgracia de aquellas viudas, de aquellas madres, de aquellas hermanas y de aquellas hijas de los caídos en defensa de la libertad y de la fe. El comenzó la pastoral de la mujer, inusual en aquel tiempo. El padre Honorato le seguirá. Polonia reci-

bió esta actividad pastoral como la tierra reseca recibe la lluvia. Las iglesias eran los sitios de reunión, los únicos espacios que conservaban una relativa libertad en aquellos tiempos. La actividad no se limitaba a funciones religiosas que, por lo demás, era la verdadera fuente de donde manaba. Las asociaciones religiosas abiertas a los laicos tenían ante ellas compromisos específicos. Protegían a muchas mujeres con un auxilio espiritual y psicológico en su vida de soledad; las alentaban en su formación espiritual, las instruían profundamente en la vida religiosa con relación a una actitud más consciente de sus obligaciones civiles.

Estamos en el «siglo de oro» de los terciarios franciscanos, es decir, de la Tercera Orden, hoy conocida por el nombre de Orden Seglar Franciscana. Recordemos que este movimiento arrancó de círculos laicos, los cuales, inspirándose en la figura del «poverello» de Asís, asumió mayor responsabilidad en cuestiones de fe y de moral. Pero esto no era suficiente. Los terciarios se introdujeron plenamente en la misión profética de la Iglesia ampliando el campo operativo del apostolado. En este sentido educó el padre Honorato a los seguidores seculares de S. Francisco. En sus escritos, en sus sermones, en sus conferencias, insistía una y otra vez en la responsabilidad de todos los católicos laicos para contribuir al éxito de la misión salvífica de Cristo y de la Iglesia.

Efectivamente, el testimonio de vida cristiana es la mejor forma de evangelización, forma, por otra parte, accesible a todo cristiano en cualquier coyuntura. Así Cristo ha llegado donde no podían hacerlo sus sacerdotes. El Evangelio está presente en todo lugar. El legado de Francisco fue un excelente recurso espiritual una vez más y su apertura a Dios, su sensibilidad humana vividos con espíritu de simplicidad y modestia se revelaron como valores dignos de tenerse en cuenta por cada uno de nosotros.

El padre Honorato dedicó mucho tiempo y mucho es-



Zakroczym: iglesia y convento de los Capuchinos

fuerzo a los problemas relacionados con los terciarios. Sus escritos están sembrados de estos temas. No olvidemos que fue nombrado director general de la Tercera Orden, y en 1859 el superior general de los capuchinos le concedió poderes extraordinarios en el ámbito de la familia franciscana. La constitución «Misericors Dei Filius» de León XIII (1883), así como otros actos de la Iglesia, le confirmaron en su trayectoria apostólica en los años siguientes.

El espíritu y devoción mariana del padre Honorato recibieron un sólido apoyo por parte del magisterio de la Iglesia que alentó su convicción personal. Recordemos algunos datos: la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen el 8 de diciembre de 1854 por Pío IX con la bula «Ineffabilis Deus»; las numerosas actuaciones de León XIII, el papa que contribuyó a la popula-



Przasnysz: convento de las Hermanas Clarisas Capuchinas



Casa madre de las Hijas del Corazón Purísimo de María en Nowe Miasto

ridad del rosario (cfr. encíclica «*Adjutricem populi*). Todo esto se vio como remachado por la intervención directa de la Virgen en Lourdes, la Salette y Gietrzwald comunicando al mundo sus mensajes. La espiritualidad mariana del padre Honorato aprendida en sus primeros años se acrecentó. Durante los años de su infancia seguramente que no faltaron las peregrinaciones al santuario de nuestra Señora Leśniańska. También atribuía a la Virgen su curación y su libertad.

Dos aspectos particulares, fundados en dos tradiciones, favorecían la actividad mariana del padre Honorato, la tradición franciscana y la tradición polaca: la primera procedía de la Porciúncula y resaltaba la caridad y la misericordia; la segunda, en cambio, destacaba la fe y la perseverancia. En su conjunto representaban un modelo de espíritu mariano maduro y eficaz. Justo el espíritu que necesitaban en aquel momento los polacos. Sin embargo quedaba mucho camino por andar, incluso algunas prácticas piadosas lo dificultaban porque habían convertido las iglesias en lugares de pura y simple gazmoñería. Por eso está clara la rotundidad con que insistía el Beato sobre el problema de profundizar en el culto mariano.

En la Inmaculada veía a la Corredentora, a la intercesora de todas las gracias, a la que facilita el acercamiento a Jesús, y a la unión con él, a llenar con honestidad y relativo decoro nuestra misión en la vida. Nadie tenía que aconsejar al padre Honorato la importancia de los ejercicios de devoción mariana para el pleno desarrollo de cada cristiano. Recomendaba insistentemente la participación en el mes de mayo, que precisamente, gracias a la iniciativa de los capuchinos había comenzado a propagarse en el Reino. Concedía grandísima importancia al rezo del rosario, especialmente relacionado con los cículos del mismo nombre. ¡Tenía toda la razón del mundo! Se dio cuenta enseguida de la acción espiritualmente integrante de las Rosas Vivas, des-

cubriendo el contenido del rosario como oración, cuáles eran los medios más oportunos para su recitación y la comprensión de la misión evangélica. Se trataba de una oración que desterraba la soledad y liberaba del egoísmo en todas sus manifestaciones. En aquella época se trataba de cosas extraordinariamente importantes, porque acercaba y unía a las personas.

Respetaba el influjo del santuario de Jasna Góra sobre el nacionalismo polaco, sin identificar el catolicismo con el estado polaco o viceversa. Su origen podlaquiano le alejaba de estos pensamientos. La cuestión era más profunda, y para un pueblo carente de un centro político, aparecía como vital. Había que evitar el desmoronamiento de la moral colectiva. Y, ¿quién mejor para reforzarla y sostenerla que la Madre, que al tiempo que guía a los hombres a Dios, fomenta los vínculos de unión entre los hijos peregrinos, por lo demás, en viaje desde siempre hacia la misma meta?

Por eso seguirá atentamente todos los acontecimientos relacionados con el santuario. Sufrirá por los amargos contratiempos de Jasna Góra. Convocará al pueblo para que no se desilusione y persevere en la peregrinación a la casa de la Madre. Logrará el establecimiento de la fiesta de la Virgen Claramontana y aportará para la solemnidad los textos litúrgicos del misal y del breviario.

La Inmaculada tuvo un significado extraordinario en la vida del padre Honorato. Le capacitará para descifrar los signos de los tiempos, algo decisivo en su actividad futura. Posiblemente no disfrutaríamos de verle elevado a los altares ni nos acordaríamos de su legado, si no estuviese de por medio su devoción mariana.

La espiritualidad franciscana y la visión mariana de la salvación son en igual medida los elementos constantes de su predicación, actividad iniciada muy pronto por el padre Honorato y no circunscrita exclusivamente a la iglesia de Varsovia. Fiel a la tradición capuchina, tomó parte en las



Nowe Miasto: convento de los Capuchinos



Nowe Miasto: sepulcro en la capilla lateral que guarda los restos del padre Honorato desde 1975

misiones populares de las parroquias de Parczew y Sterdynia en la diócesis de Podlaska. El obispo Benjamín Szymański (antes superior provincial de los capuchinos) le invitó a pronunciar una homilía en la catedral con ocasión del traslado de las reliquias de S. Vittorio.

Al año siguiente, 1860, hallamos al padre Honorato en Lublín, ocupado en la predicación de la palabra de Dios en la capilla de la Inmaculada, construída cerca de la iglesia de los capuchinos y recientemente consagrada.

Los sermones del padre Honorato eran sencillos y de planteamientos lineales. Muestran una argumentación bíblica y teológica profunda. Gustosamente recurre a la literatura de su tiempo y propone sugerencias prácticas (no ocultaba la escuela franciscana). Hoy la lectura de sus sermones nos resultaría farragosa. Pero en aquel tiempo, carente de televisión, los oyentes eran pacientes y receptivos.

La actividad del padre Honorato como predicador cesó con la supresión de las órdenes religiosas decretada por el zarista como consecuencia de la insurrección de enero de 1863. El convento de Varsovia fue cerrado y los religiosos expulsados. El padre Honorato se refugió en Zakroczym (1864) primero, y luego en Nowe Miasto (1892). Pero le prohibieron predicar. Tal vez fuera mejor así. Las almas, como tierra reseca, y los corazones entristecidos pedían otra cosa. Por otra parte, mejor es callar cuando se impide decir toda la verdad.

De todas maneras, el padre Honorato prestó su servicio hasta el final de su vida en el confesonario. Un trabajo arduo y oscuro y con frecuencia ingrato, como lo experimentó el mismo padre Honorato en el problema de F. Kozłowska. Tuvo que armarse de paciencia, de prudencia e, inevitablemente, ejercitarse en la abnegación.

Como en sus primeros años de sacerdocio el padre Honorato se había dedicado a actividades externas, incluía la

administración eclesiástica, el confesonario no era su fuerte. Unicamente en Varsovia se ocupó en cierta manera de la «dirección de almas». Posiblemente se inclinaba hacia la severidad, pero siempre se esforzaba por comprender al penitente y conducirlo hacia la misericordia divina. Algo especial emanaba de su interior, como si proyectase un destello divino. El número de los que se acercaban a su confesonario crecía cada día y su fama se extendía como mancha de aceite.

Durante su estancia en Varsovia le tocó vivir momentos penosos al tener que asistir a los condenados a muerte. Los capuchinos estaban encargados de la asistencia espiritual de las cárceles. Preparó para la muerte en la horca al padre Agripino Konarski, capuchino y capellán de un grupo de insurrectos; el gobierno zarista lo condenó a muerte y, efectivamente, fue ahorcado en la Ciudadela el 12 de junio de 1863. Este sacrificio estremeció las conciencias conscientes de que la vida del padre Konarski había sido inmolada sobre el altar de la Patria.

Un año más tarde el padre Honorato, junto con otros cuatro religiosos, se halla de nuevo en la Ciudadela para asistir a la ejecución de cinco miembros del Gobierno Na-

Asistencia a un condenado a muerte por motivos políticos



cional con su jefe, Romualdo Traugut, a la cabeza. En la mañana del cinco de agosto de 1864 prepara para la muerte al jovencísimo Jan Jeziorański (21 años), que dejaba una mujer igualmente joven y dos hijos. Estas experiencias le marcaron. El padre Honorato se sintió estimulado a un compromiso patriótico más intenso.

De hecho se dispuso su traslado, primero a Zakroczym y más tarde a Nowe Miasto. Normalmente esto hubiese significado una pérdida de su popularidad entre los fieles, pero no detuvo a millares de personas que lo buscaron como confesor carismático. Lo que el poder zarista no consiguió, es decir, encarcelar al padre Honorato, lo consiguió el confesonario. Se convirtió en un auténtico «prisionero» de la misericordia divina y de las debilidades humanas.

Todavía recientemente el padre Ladislao Potocki, sacerdote de la diócesis de Tereszpo-Saratov, muerto en 1983 en Goniadz, recordaba con admiración los viajes que emprendía su padre a Nowe Miasto, donde confesaba el padre Honorato. ¡Y la distancia es bien elocuente: trescientos kilómetros de ida y otros trescientos de vuelta con los medios de transporte de aquella época!

En el confesonario el padre Honorato desempeñaba su ministerio como corresponde a un ministro del culto católico. Escuchaba pacientemente las miserias humanas, animaba a sus penitentes, estimulaba a la perseverancia en el bien. Se interesaba también por algo más. Elegía personas dotadas de un carisma especial para introducirlas en la intimidad con Dios, dispuestas a un servicio más asiduo en favor de la humanidad. Llegará el día en que estas personas de su confianza serán sus colaboradores para fundar muchas congregaciones religiosas. Nada de espectacular se dio al principio. Simplemente se trataba de personas que no se contentaban con respuestas superficiales a los dilemas surgidos en la vida de los habitantes del Reino del Congreso.

Mucha es la distancia entre Varsovia, Zakroczym y Nowe Miasto de padua y S. Giovanni Rotondo... Muy distintas son las épocas históricas, las condiciones políticas y religiosas, pero en los tres sitios se respira un mismo espíritu. Primero fue el padre Honorato, después el ministerio de la estola morada, el confesonario, pasó a manos de S. Leopoldo Mandić y del padre Pío el estigmatizado. En los tres brillaba la esperanza de la misericordia divina fecundada con el espíritu franciscano.

LA PATRIA, HERENCIA Y COMPROMISO

El amor a la Patria fue uno de los ingredientes de su educación en el hogar paterno. Con toda certeza que la muerte de dos hermanastros durante la insurrección de noviembre lo reforzó. El calvario padecido en la Ciudadela y compartido con otros conciudadanos lo profundizó. Lo sufrió intensamente al contemplar el aplastamiento físico de sus compatriotas (muchas veces asistió a los condenados a muerte) y la desaparición progresiva de las órdenes religiosas. Después del año 1863 de 119 religiosos, 62 fueron perseguidos por la policía, dos fueron condenados a muerte, otros fueron deportados a Siberia y otros tomaron el camino del exilio.

La venganza del poder zarista con la orden religiosa que no abandonó al pueblo en lucha fue despiadada. A los religiosos que quedaron libres se les concentró en tres conventos, luego en dos y finalmente en uno, convertidos prácticamente en cárceles, sometidos como estaban los religiosos a una constante vigilancia de la policía. No se les permitía salir ni realizar actividades pastorales en el exterior. Se les prohibió predicar y admitir novicios. Se les aislaba del resto de la nación sin tan siquiera ofrecerles la aureola de una condena. Pero el poder, como sucede hoy mismo,



Juan Pablo II en la iglesia de los Capuchinos de Varsovia, ante el sarcófago que contiene el corazón de Juan III Sobieski (17-junio-1983)

se olvidó de un detalle decisivo: la posibilidad de actuar desde el confesonario que tendía un puente entre lo divino y lo humano, entre los problemas de la conciencia individual y los problemas de la conciencia colectiva. Algo muy importante. Así como Kraszewski, Orzeszkowa y Sienkiewicz aprovecharon la literatura para remover la conciencia nacional, el padre Honorato aprovechó el confesonario para que las personas piadosas no se encerrasen en la torre de marfil de su propia perfección y diesen la medida de un compromiso proveniente de la propia consagración. A todas las nuevas congregaciones que promovió el padre Honorato las asignó tareas específicamente sociales.

El padre Honorato no perteneció a grupos conspiradores, pero de algún modo participó en la conspiración. Con estilo propio adoctrinó socialmente a numerosas agrupaciones tan necesarias en el intermedio de los levantamientos. Era algo más que un programa de «trabajo orgánico». Lo concretaba en una verdad muy importante: la generación que lograra la extinción del egoísmo a cambio de un sólido altruismo y espíritu de servicio, obtendría como premio la independencia. Cuando Zeromski ponía el dedo en la llaga de la nación «a fin de que no se marginase con la cicatriz de la mezquindad»; cuando Sienkiewicz proponía modelos apasionantes entresacados de otros tiempos; cuando Orzeszkowa proclamaba «gloria victis» (gloria a los vencidos) y descubría por primera vez que los intereses se defienden defendiendo los principios, el padre Honorato infundía en las conciencias estos mismos principios desde el confesonario.

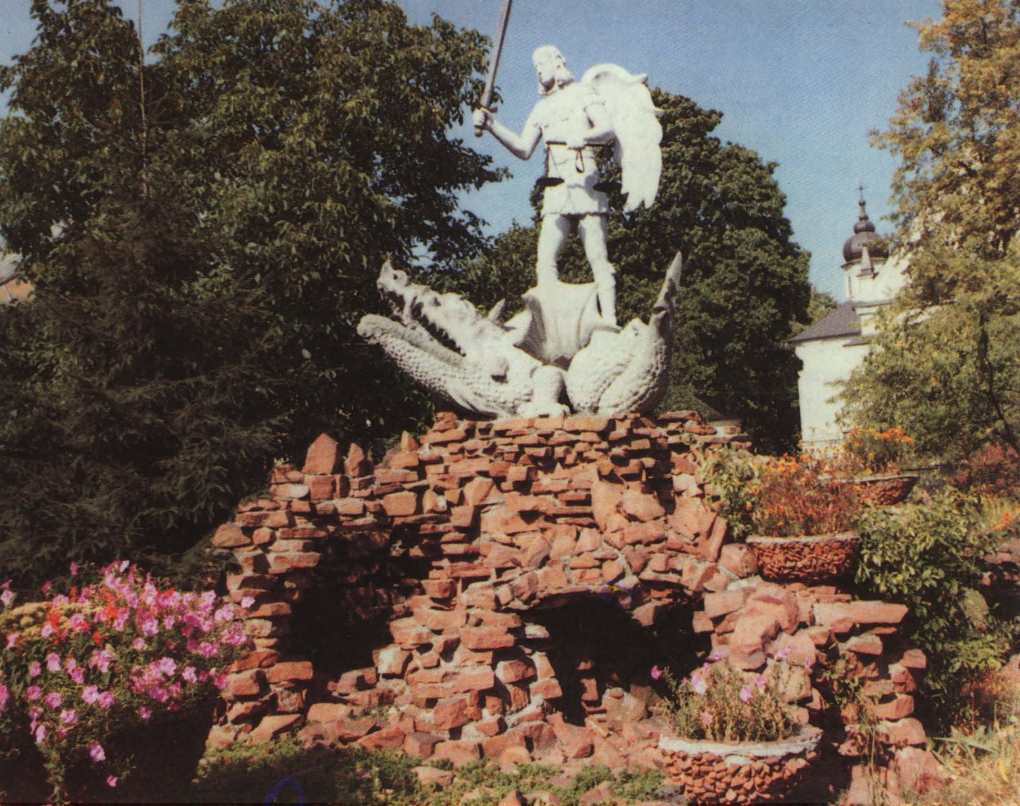
Ante todo se dedicaba a despertar la sensibilidad social. En aquella época de repentina industrialización, de enriquecimiento de pocos y de progresivo empobrecimiento de muchos, indefensos frente a la amenaza de la miseria, los problemas sociales exigían una pronta y eficaz solución. Con sus iniciativas de carácter social el padre Honorato cooperó generosamente con los más ilustres activistas del tiempo.

De capital importancia hay que calificar su relación, más tarde transformada en amistad, con Ludwik Górski, miembro de la aristocracia y entregado en alma y cuerpo a la Iglesia y a las necesidades sociales de sus compatriotas. La colaboración entre los dos comenzó antes de la insurrección de enero. Los primeros frutos se recogieron con la apertura de la primera casa de las Felicianas fuera de Varsovia, precisamente en la propiedad de Górski en Cerańów (Podlaska). El padre Honorato presenció y bendijo la casa, el orfanato y el asilo para enfermos.

La doctrina social de la Iglesia, particularmente la actividad del papa León XIII, estimularon notablemente el interés y el compromiso social del padre Honorato. La encíclica «*Rerum Novarum*» imprimió una huella en la vida de un hombre siempre atento a recoger las palabras de los sucesores de S. Pedro. Y comprobada su sensibilidad en los asuntos de justicia social, no debe sorprender que su posición en relación al «caso Wyslouch», motivo de escándalo en aquel momento, fuera muy distinta de la de los demás. De todas maneras, su actitud fue de indulgencia y generosidad.

Wyslouch profesó como religioso en 1893 en la congregación de los Hermanos Siervos de María, fundada por el padre Honorato; tras un acontecimiento con ribetes de milagro ingresó en la Orden capuchina; en 1908 abandonó la Orden y rompió toda relación con la Iglesia. Era, sin duda, una personalidad interesante. Formaba parte del grupo de personas apasionadas que vivían en Europa a finales del ochocientos. Soñaba ya entonces lo que hoy, después del concilio Vaticano II, proclama el magisterio de la Iglesia: la Iglesia de los pobres, la desaparición de la unión entre el trono y el altar, la repulsa de la escandalosa diferencia entre ricos y pobres.

Diversa suerte corrieron los autores de esta tendencia social tan evangélica en el fondo. Algunos olvidaron que



Escudo de Biala Podlaska. A la derecha la iglesia de Santa Ana

la realización del mensaje evangélico hay que lograrla por medios exclusivamente evangélicos. Otros abandonaron la Iglesia, como fue el caso Wyslouch, conocido por el nombre de Antonio Szech. Pudo haberse evitado esta rotura, tanto más cuanto el compromiso social de Wyslouch tenía el apoyo de personalidades eclesiásticas de especial relevancia, como los arzobispos Edward Ropp e Józef Teodorowicz, del beato Jerzy Matulewicz también arzobispo, y del obispo Mariam Fulman. El padre Honorato se encontró en una situación muy difícil. Había puesto los ojos para sucederle en la dirección de las congregaciones en aquel joven apasionado, fervoroso y emprendedor. Los aconteci-

mientos tomaron un cariz muy distinto. La apostasía de Wyslouch endureció a los numerosos detractores del padre Honorato. Pero él no perdió la calma; nunca manifestó resentimiento contra Antonio por la desilusión y los disgustos que le causó. Sabía que la culpa no era exclusivamente suya.

El caso Wyslouch traería cola. Se volverá a debatir en el proceso de beatificación y se registrará como algo defectuoso, capaz de poner en duda la santidad del padre Honorato y su elevación a los altares. Pero, como suele ser norma, la Iglesia supera toda debilidad y descubre la auténtica grandeza, como lo demostró el 16 de octubre de 1988. Está convencida de que la debilidad humana no daña al mensaje evangélico, sino el egoísmo y la pérdida de sensibilidad hacia la verdad y el amor.

El beató no se enredó en estos líos; más bien se mostró comprensivo. Nunca se le oyó una palabra referente a tantos sufrimientos; ni un lamento. Por el contrario, se esforzó en comprender a sus enemigos. Se mantuvo lejos de presentarse como víctima o de expresar cansancio. Permaneció siempre cerca de los que necesitaban su ayuda, entre los que se contaban sus propios adversarios a los que trataba y servía como hermanos. Su conducta es ejemplar para un tiempo como el nuestro, invadido por el terrorismo, destrozado por los atropellos sociales, por el odio; en fin, colocando al hombre siempre en un segundo plano.

El padre Honorato no ahorró sus energías; trabajó fatigosamente en la sombra para reclutar un grupo de personas generosas y ofrecerlas a Polonia. Defendió valientemente a un activista social demasiado generoso que traspasó los límites conservadores. El beato había asimilado plenamente una verdad: la patria no es sólo una herencia, sino también un compromiso que frecuentemente exige sacrificios. No logró contemplar la independencia de Polonia por la que

tanto había luchado. Su vida y sus obras continúan todavía florecientes.

Su ofrenda por la patria se tradujo en persecuciones, prohibiciones, condenas, supresiones de conventos; todo hasta el último momento de su vida.

El padre Honorato no se queja ni pregunta; lo acoge con fe. No se desconcierta ante la prueba. No siempre entiende lo que sucede, pero está convencido de que Dios lo permite y lo acepta con Fe; no se rebela, sino que inclina la frente.

Probablemente su corazón adivinaba la cercanía de la patria celestial y vislumbraba la libertad de la patria terrena.

LAS NUEVAS FAMILIAS RELIGIOSAS

El desmembramiento de la Primera República Polaca, las guerras napoleónicas y las insurrecciones transformaron notablemente la religiosidad de los ciudadanos y propiciaron otros cambios. Notemos de paso, cómo durante las convulsiones socio-políticas las prácticas religiosas adquieren una particular relevancia incluso si el comportamiento moral camina en otra dirección (la dimensión moral es más bien autónoma con respecto a las circunstancias externas). Está claro que en los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX se produjeron mutaciones importantes en materia religiosa, particularmente en la institución eclesiástica. Sobre todo en lo referente a las órdenes religiosas.

Se podría hablar de crisis en la vida religiosa, como consecuencia, entre otras cosas, de la revolución francesa y de la progresiva laicización de la vida social. Las órdenes religiosas examinaron sus propias estructuras y elaboraron nuevas formas de presencia y adaptación. La orden capuchina tuvo la fortuna de tener al frente en aquel momento problemático superiores capaces de comprender la situación y de actualizar oportunamente el desarrollo del mensaje franciscano. La orden no se encerró entre las paredes del claustro. Los padres Benjamín Szymański, Procopio

Leszczynski y Honorato Koźmiński se percataron de la posibilidad de organizar la vida religiosa a base de algunos presupuestos distintos de los tradicionales. Los comienzos fueron humildes. Dos pilares sostenían la iniciativa: la reconciliación y la caridad. La primera conducía al sacramento de la confesión, la segunda a la actividad caritativa. Tanto una como otra eran indispensables para la convivencia nacional desgastada a causa de tantas pruebas sufridas. La experiencia viva de la situación automáticamente empujaba al padre Honorato a la acción. Las posibilidades eran muy precarias y el tiempo apretaba. El confesonario traía de la mano la magnífica oportunidad de conocer a los hombres y sus cualidades y en la iglesia de los capuchinos no faltaban ni los penitentes ni los confesores. Casi todo el quehacer dependía de las mujeres que en el Reino sumaban la gran mayoría. Muchísimos hombres habían pagado con la vida, estaban confinados en la cárcel, o en el exilio por su participación en las luchas independentistas.

Las mujeres se lanzaron a la actividad religiosa y social con la entrega característica de su feminidad. Asumieron la dirección de los orfanatos, de los asilos, de los hospicios para ancianos y finalmente la de pequeños hospitales. Entre ellas recordemos a la decidida Zofia Truszkowska inicialmente ligada a las conferencias de S. Vicente de Paul y desde mayo de 1855 miembro de la Tercera Orden de S. Francisco.

En aquel período se encarga del cuidado de un grupo numeroso de niños abandonados y dirige el asilo de la calle Mastowa. Vive y actúa bajo la dirección del padre Honorato. Siguiendo su consejo se consagra a Dios con votos privados delante de la imagen de la Virgen de Jasna Góra, el día de la Presentación de María, 21 de noviembre de 1855.

La colaboración con el padre Honorato la aproxima a ella y a los niños a la iglesia de capuchinos. En ella existía un altar dedicado a S. Félix de Cantalicio, patrono de los

nutrirá a esta congregación y a todas las demás en el compromiso de su perfección personal, en la proclamación de la gloria de Dios y en el servicio a los necesitados.

La congregación felicianiana se multiplicó inmediatamente, como demostración palpable que en el Reino se reclamaba aquel modelo de vida religiosa. Más tarde le brotó una rama contemplativa comenzando su andadura el día de S. Francisco de 1860. Esta sección de clausura no fue suprimida como lo fueron las felicianas en 1864. Al principio se estableció en Lowicz, en las monjas bernardinias, también ellas de clausura. En 1871 adquirieron el convento de Przasnysz y allí se quedarán erigiendo una casa religiosa autónoma, con el nombre de monjas capuchinas.

Las hermanas felicianas huyeron del Reino y se extendieron en la Galizia austriaca, pero sobre todo en los Estados Unidos. Otra nueva orden de clausura se desprendió de la congregación de S. Félix de Cantalicio. Efectivamente, después de la supresión en el Reino, dos religiosas, Luisa Morawska y Anunciación Lada se dirigieron a Francia donde hicieron el noviciado entre las religiosas del SS. Sacramento. Seguidamente regresaron a tierra polaca bajo el dominio austriaco y fundaron dos conventos, uno en Leopoli y otro en Kety. Esta congregación es conocida hoy, dentro y fuera de Polonia, con el nombre de Hermanas Clarisas de la Adoración perpetua.

Las religiosas pertenecientes a las tres órdenes contemplativas, así como las Hermanas Seráficas, fundadas en Zakrodzým en 1881, pero acomodadas inicialmente en dominios austriacos a causa de la expulsión del Reino, usan hábito.

Desgraciadamente en el año 1864 muchos proyectos cuidadosamente preparados se esfumaron. El destierro de los conventos produjo amarguras sin cuento. Más de un activista se sintió descorazonado y turbado por los abusos, por el clima general de terror organizado desde el poder zarista.

Afortunadamente esto no le tocó al padre Honorato. Sus actividades se basaban, sobre todo, en la fe, un fundamento que nada podía derribar.

Fue en este momento cuando el Beato acarició por primera vez la hipótesis de congregaciones clandestinas, comunidades cuyos miembros no vistiesen hábito religioso y organizaran su existencia con fórmulas nuevas. El presupuesto teológico se lo ofrecía el ejemplo de Jesús y de María en Nazaret, modelo de vida escondida. Los «institutos seculares», figura desconocida por aquel entonces, tienen en el padre Honorato un precedente verdadero y propio.

La primera congregación de vida clandestina, las Misioneras de la Reina del Corazón de Jesús, surgen en Zakroczym el dos de febrero de 1874. La integraban, más que nada, maestras de escuela, atraídas por el deseo de colaborar en el campo educativo, particularmente entre personas marginadas. Posteriormente, terminada la segunda guerra mundial, la congregación se transformó en instituto secular.

Cuatro años más tarde, el 7 de noviembre de 1878, nace la congregación de las Pequeñas Siervas de la BVM Inmaculada, orientada al trabajo entre jóvenes campesinas donde frecuentemente florecía la vocación religiosa. La congregación se propagó rápidamente. En las zonas rurales la congregación estableció casas de asistencia, gestionó escuelas, laboratorios textiles y camiserías; abrió los llamados «mesones cristianos», donde no se servían bebidas alcohólicas, y negocios donde la divisa era la honestidad hacia el cliente.

Desde 1858 funcionaba en Varsovia un asilo para vagabundos y marginados de todas clases, familiarmente conocido por *Przytulisko*» (pequeño hospicio). Muchas de las mujeres que trabajaban en él ampliaron el horizonte de su actividad social o caritativa fundando en 1882 la congregación de las Hermanas Franciscanas de los Afligidos dedicada al cuidado de los enfermos en los hospitales y en sus propias casas, sin olvidar la atención a cualquier otro enfermo.

Las persecuciones y controles a que estaba sometida la Iglesia creaban situaciones paradójicas. Cosas de administración ordinaria se convertían en problemas insolubles por la vía normal, por ejemplo la adquisición de vestiduras litúrgicas. Con este propósito se fundó la congregación de las Vestidoras de Jesús o simplemente «Vestidoras», cuya finalidad consistía en proveer de ornamentos a las iglesias, especialmente a las más pobres, organizar escuelas de bordado, preparar a las niñas para la primera comunión, intensificar el culto eucarístico y propagar la adoración al Santísimo Sacramento. El padre Honorato dotó de un rico contenido espiritual a la nueva congregación.

Como buen confesor, el padre Honorato era muy sensible con respecto a las miserias morales de cualquier modo que se manifestasen. Se dio cuenta del peligro a que se exponían las muchachas pobres, carentes del calor familiar y empleadas en las casas de los ricos. El 8 de diciembre de 1884 fundó la congregación de las Siervas de Jesús. El núcleo original lo componían algunas empleadas del hogar, las cuales, gracias a la observancia de los consejos evangélicos habían encontrado su propia identidad y con frecuencia se notaba su influjo apostólico sobre las familias con que trabajaban.

Pasado un año surgió la congregación de las Hijas del Corazón Purísimo de María. Las constituciones se escribieron en Zakroczym, pero las primeras candidatas salieron de Pettersburgo y formaron la primera comunidad en Vilna. Ante las Hijas del Corazón Purísimo de María se abría un campo de acción muy extenso. El imperio de todas las Rusias, desde lo que fuera tierra polaca hasta Manchuria, con sus necesidades incontables, era el espacio que se presentaba ante los ojos de estas religiosas, la mayoría de ellas maestras.

El 10 de diciembre de 1887 se fundó la congregación de las Hermanas del Santísimo Nombre de Jesús, llamadas

Particularmente nocivo y peligroso resultaba el trabajo en las fábricas. El ambiente era completamente opuesto a la visión cristiana de la convivencia humana. El problema de la evangelización de la clase obrera era de enorme importancia para la Iglesia y de consecuencias decisivas en los últimos años del siglo diecinueve. El padre Honorato lo afrontó el día de S. Francisco de 1888 al fundar la congregación de las Pequeñas Hermanas del Corazón Inmaculado de María con el apodo de «fabryczne». Su compromiso se definía en promover la vida espiritual de la clase obrera con su presencia directa en las fábricas.

El mismo año y en la fiesta de la Presentación de la Virgen (21 de noviembre) nació otra congregación: las Reparadoras de la Santísima Faz, a solucionar múltiples problemas concretos en los ambientes más olvidados bajo el punto de vida religiosa.

El 10 de noviembre, día del Patrocinio de la Virgen, de 1889 se erigió en Zakroczym la congregación de las Auxiliadoras de las Animas del Purgatorio. El padre Honorato conocía bien las conciencias y no olvidaba aquellas almas a las que el pecado impedía la entrada en el reino de los cielos. Además era preciso sensibilizar a los vivos sobre las consecuencias del pecado; consecuencias que se prolongaban más allá de la tumba. Las Hermanas Auxiliadoras se encargarían de socorrer a las ánimas del Purgatorio mediante ejercicios piadosos y expiatorios y otras obras de misericordia, como la asistencia a los enfermos y vagabundos, incluyendo un compromiso de pobreza total.

El fenómeno de la degradación moral de algunas jóvenes en la gran ciudad y en las provincias despertó su preocupación. El apostolado en este campo se lo confió a la congregación de las Hijas de María Inmaculada, nacida en Zakroczym el 21 de noviembre de 1891. Su actividad se concentró en la ayuda a las jóvenes caídas en pecado y en una transformación cristiana del ambiente social a través de la vida evangélica y la catequesis.



Interior de la iglesia de los Capuchinos en Włodawa-Orchówek

En los últimos tiempos, es decir, en la segunda mitad de nuestro siglo cobran especial relevancia y son dignos de consideración los círculos de la llamada «inteligencia católica». Los comienzos, como acabamos de ver, no fueron espectaculares. Consciente el padre Honorato del creciente peso de la «inteligencia» en la vida social confió a la congregación de las Consoladoras del Corazón de Jesús (nacida en Nowe Miasto nad Pilica el 19 de marzo de 1894) la evangelización de los jóvenes escolares y la burguesía instruída. Se preocupaban de abrir salas de lectura y bibliotecas, convocar reuniones para estudiar temas religiosos, sociales y culturales. Aquí está la idea precursora de los «círculos».

Otra vez, en Nowe Miasto, el 25 de noviembre de 1895, nace la congregación de las Siervas de la Madre del Buen Pastor, cuya misión se parecía mucho a la de las Hermanas de la Inmaculada, pero haciendo hincapié en la asistencia a la infancia abandonada y a las jóvenes descarriadas.

La actividad fundadora del padre Honorato no se limitó a las congregaciones femeninas. Fundó también dos familias religiosas masculinas. La primera nació en Zakroczym el 15 de agosto de 1880 y se la conoce por el nombre de Hermanos Siervos de María Inmaculada. Se comprometía a suscitar el espíritu de fe entre la población rural y entre las familias de artesanos; de poner establecimientos o tiendas y gestionarlas; de preparar para la vida a los campesinos pobres enseñándoles un oficio. Se pretendía la consagración del trabajo humano.

La segunda, erigida el día de la Inmaculada Concepción de 1893 en Nowe Miasto se llamó Hijos de la Virgen Dolorosa (Doloristas); su programa consistía en acompañar a los jóvenes artesanos y obreros y cuidar de la infancia abandonada. Las dos contribuyeron destacadamente a la creación de escuelas profesionales dentro de las fronteras del Reino y en Rusia.

Aquí cerramos la reseña, ilustrada con algunas notas

explicativas, de las familias erigidas por iniciativa y amparo del Beato Honorato Koźmiński, todavía florecientes en nuestros días. Recordemos que en el siglo XIX surgieron otras muchas que, después de haber cumplido su misión, desaparecieron. La pregunta nos viene a los labios inmediatamente: ¿Por qué el padre Honorato promovió tantas congregaciones? Su obra no tiene precedentes en la historia de la vida consagrada.

La respuesta es muy simple. Actuaba al dictado de la situación. Moviéndose en la clandestinidad era imposible comunicarse con las masas. ¿Cómo hubiesen escapado de la vigilancia de la Ochrana congregaciones que contaban con millares de miembros? En cambio, los grupos pequeños ocultaban fácilmente su identidad y resultaban más operativos. Añadamos, por otra parte, que en el siglo XIX la vida del hombre se abrió a nuevas perspectivas. Surgieron nuevos ambientes, nuevos agentes, nuevas condiciones de vida. Y para cada novedad, antes desconocida, se necesitaban nuevos misioneros, nuevos apóstoles: y así lo comprendió el padre Honorato. A las aspiraciones y exigencias humanas respondió con la cristianización más completa cada vez de la sociedad a través de la santificación de los ambientes de la vida y del trabajo.

Es presumible pensar que el Beato fuera consciente desde el principio de que no todas las congregaciones superarían el período de prueba. Contaba con tal eventualidad, pero no lo temía. No estaba en condiciones de prevenir los peligros, si tenemos en cuenta que únicamente tenía a su disposición el confesonario y, en un segundo tiempo, la comunicación epistolar. Detrás de la fundación de tantas congregaciones se esconde el hombre de una fe profunda en Dios y de una confianza plena en la Divina Providencia.

Todas las congregaciones están calcadas en la regla de la Tercera Orden de S. Francisco, rico hontanar de la espiritualidad franciscana no siempre comprendida por la reli-

giosidad polaca. El padre Honorato se valió también de experiencias precedentes ensayadas en el seno de la Iglesia. Evaluó críticamente los experimentos realizados en varios países y no tuvo miedo de copiar lo bueno y trasplantarlo a su tierra natal.

En opinión del padre Honorato la espiritualidad franciscana es inseparable de la devoción mariana. Por eso todas las nuevas congregaciones recibieron el nombre de uno u otro misterio de la vida de Cristo o de su Madre. La intención del padre Honorato era injertar nueva savia de vida evangélica en las congregaciones; su propósito exigía modernizar las devociones, actualizar las tradiciones de manera que los religiosos y religiosas se identificasen fácilmente con su nueva familia religiosa y apareciesen más comprensibles para el mundo.

El padre Honorato organizó muchas congregaciones religiosas, pero renunció a muchas de sus estructuras tradicionales. Les dio un carácter «clandestino». Esta innovación realza al padre Honorato como precursor de los Institutos Seculares. Efectivamente, a cada familia religiosa pertenecían tres clases de miembros. Como soporte de cada congregación estaban los miembros de «vida común», reunidos en pequeñas comunidades al frente de una escuela, de un negocio o de cualquier otra institución. Un segundo estamento lo componían los «unidos», miembros que continuaban viviendo con sus familiares y renovaban cada año sus votos o juramentos. Se reunían en los días de retiro o ejercicios espirituales. A ellos les tocaba ejercer el apostolado sobre el ambiente social. El tercer estamento eran los «asociados» en general que no pronunciaban votos y permanecían laicos. Sin embargo, una vez al año se reunían para los retiros en comunidad y se comprometían a llevar una vida cristiana ejemplar.

Esta estructura facilitaba el secreto de las congregaciones. En cambio, su eficacia apostólica en los respectivos

ambientes donde se desenvolvían era perceptible a cualquier observador. Desgraciadamente a causa de algunas informaciones y acusaciones falsas la S. Sede decretó el 7 de mayo de 1908 que los miembros unidos y asociados no pertenecían a las comunidades del padre Honorato.

UN HOMBRE DE UNION

Resalta tanto la actividad del padre Honorato como fundador de congregaciones religiosas que oscurece literalmente otros aspectos de su personalidad y otras muchas labores que ejerció. Por eso vamos a reflexionar sobre su figura de hombre, sobre los tiempos y circunstancias que le tocó vivir para acercarnos personalmente a él.

La vida del padre Honorato no fue una excepción. No aspiraba a serlo ni hubiese sido posible si tenemos en cuenta las condiciones de la época. Las dificultades impuestas por el dominio zarista no perdonaban a nadie. Pero, desde el momento de su conversión en la Ciudadela, el padre Honorato encontró en la fe el apoyo indestructible que le sostuvo en la búsqueda de su camino y le condujo a las puertas del convento capuchino. Gracias a la fe comprendió el sentido de la vida religiosa, la importancia de la autoperfección y la presencia de la caridad divina. La fe lo empujó por la senda de la renuncia, de la abnegación, de su acatamiento a la voluntad de Dios. Honorato Koźmiński se consagró sin reservas a la vida religiosa sin parar mientes en las modalidades de su futura actividad apostólica. Quería ser un religioso y nada más, sabiendo que la vida religiosa es por sí misma una óptima forma de apostolado que dimana del testimonio de la fe.

Acaso algunos hagiógrafos pretendan reducir la viven-



Lublín: claustro del convento de Capuchinos

cia religiosa del padre Honorato a la observancia regular en su aspecto formal. Será un error imperdonable. Indudablemente observó fielmente la regla y los votos, se atuvo a todas las normas y prescripciones, pero no fue un legalista, no fue un esclavo de ellas. Nos consta por un espléndido y personal testimonio a los veinte años en el curso de una conversación con el visitador general.

La fidelidad a los preceptos religiosos representaba para él un medio de santificación y de apostolado e, incluso — y esto puede ser provocativo — una fuente de «ahorro espiritual», de reservas que utilizaba en ocasiones variadas (nunca suficiente para un hombre como él que actuaba en condiciones tan precarias. A lo largo de 52 años careció de libertad personal, no dispuso de posibilidades que otros más



Durante la audiencia del 28 de marzo de 1988

privilegiados tuvieron dentro de la presión del dominio zarista. Nunca se desalentó. Le reanimaba la fe. Comprendió la importancia de los medios sencillos, pero de aplicación muy práctica. Sus energías sico-físicas no las empleó en recuperar la libertad de acción, sino en la misma acción dentro de los límites en que se movía. Su espíritu inquebrantable admiró al mundo. Consiguió combatir eficazmente el mal, desempeñó el papel de guía por un sendero muy accidentado sin que le salpicase el odio, el aburrimiento y la desilusión.

Sin embargo, ¡a cuántas dificultades tuvo que enfrentarse! Carecía de una información segura y permanente; sus contactos con el mundo exterior estaban cuidadosamente vigilados; más de una vez le faltaron los medios más elementales de subsistencia. Tenía razones para la desesperación, pero jamás cedió ante esta tentación. Convencido de sus limitaciones, de los propios defectos y hasta de su ineptitud, acogió con renovada confianza la presencia de la cruz en su vida, que según su parecer, representaba la señal inconfundible de la fidelidad a Cristo. Estimaba la cruz de Cristo como parte de su propio sufrimiento y nunca pretendió separarse de ella. Soportó sus padecimientos con serenidad.

Recordemos, antes que nada, su internamiento, la privación de los normales vínculos interhumanos y la imposibilidad de actuar pastoralmente con normalidad. Además, su internamiento iba a coincidir con la supresión de la orden. ¡Era una sentencia cantada! Muchos otros disgustos le sobrevinieron al padre Honorato como consecuencia de los «alborotos» mariavitas. Los que tenían más obligación de sostener sus obras aumentaron sus penas con acusaciones inicuas y difamatorias.

Ciertamente no era fácil superar estos contratiempos, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Acaso podía olvidar el ejemplo del Calvario? No se sentía solo ni débil, porque su



Capilla privada del Santo Padre en el Vaticano

fuerza provenía de Dios. También entre los hombres encontró consuelo. No todos estaban en su contra. Descubrió el significado auténtico de la verdadera comunión con Dios y, desde Dios, con los hombres; una comunión descubierta, ante todo, en la oración fervorosa y en la celebración de la misa; recordada en el rezo del breviario, confirmada en otras funciones litúrgicas, particularmente en la adoración del Santísimo Sacramento. Poco a poco su vida se transforma en oración y su oración en vida llevado de la mano por la Virgen y S. Francisco.

Este espíritu de comunión resultaba atractivo para cualquier hombre y el Beato invitaba a todos con su propio ejemplo a esta solidaridad espiritual. Es una idea de las más so-

bresalientes que se hace patente en toda su actuación y en todos sus escritos. Basta examinar sus libros, sus opúsculos, sus sermones o acudir a los manuscritos y, ante todo, a su diario espiritual. Escribió mucho. Durante muchos años no tuvo otro medio para hacer llegar su voz al mundo exterior. Los amigos publicaron millares de páginas de sus manuscritos, pero queda mucho sin ver la luz. El padre Honorato no entendía mucho de estilos y de literatura (basta recordar su actitud crítica frente a la obra literaria de Sienkiewicz). La palabra escrita no era para él un ejercicio literario; la entendía como un servicio. La utilizó como un instrumento de unión para crear comunión con Dios y con los hombres.

Se proponía con ella fundamentalmente la misma finalidad que con la fundación de las congregaciones. Su vocación apuntaba siempre en la misma dirección, a pesar de que la vida religiosa tenga a veces apariencias de aislamiento o fuga de los problemas humanos. Esto no es cierto. Todo depende de cómo se entienda el destino del hombre. El sentido evangélico de la vida religiosa acerca al religioso al hombre y a la humanidad, porque lo libera de vínculos individuales que de ordinario lo distancian, lo limitan a sus propios intereses, a su «amor» que se dirige a un solo objeto excluyendo los otros.

El beato Koźmiński se las arregló para crear un ambiente sobrenatural. Aislado personalmente logró estar cerca de todos, especialmente de aquellos que, como él, se esforzaban por mejorar la colectividad humana. Entre los últimos años del diecinueve y los primeros del veinte podemos enumerar algunos hombres de Dios, tales como Jerzy Matulewicz, Albert Chmielowski, Józef Kalinowski, Angela Truszkowska, Jozef Pelczar, Aniela Salawa y tantas otras cofundadoras y colaboradoras del padre Honorato y añadir otra larga lista cuya cabecera ocuparía Maximiliano Kolbe.

Este ambiente sobrenatural se constataba entre las her-



Las vocaciones maduran alrededor de la tumba del padre Honorato



Celebración «encuentro» de la juventud en Serpelice (1981)

manas y hermanos, entre las hijas e hijos del padre Honorato, ligados todos al convento de capuchinos. En la creación de aquel ambiente se manifestó el espíritu profético del padre Honorato. Intuyó que el mayor peligro que acechaba a las nuevas generaciones era ocultarles y privarles de la herencia humana y sobrenatural, separarles de la comunidad borrando su memoria. Aislados y cada uno por su cuenta, nadie se hubiera atrevido a plantar cara al peligro ni hubiese logrado su autorrealización humana.

Es importante evocar y, más todavía vivir, en un ambiente con sentido de la presencia de Dios compartiendo la misma fe y la misma caridad. El padre Honorato lo vivió y comunicó a los demás. Ahora nos invita a continuarlo, a comprometernos responsablemente y no caer en la esclavitud o alienación como víctimas inermes.

EL MENSAJE DEL PADRE HONORATO

El padre Honorato murió el 16 de diciembre de 1916 mientras ardía la primera guerra mundial. Luego se firmará la paz y a continuación otra guerra y otra paz. La historia se repite, aunque con matices distintos. Muy difícil es pronosticar los acontecimientos futuros, ni siquiera sabemos qué influencia tendremos sobre ellos. Ciertamente que algo dependerá de nosotros, como lo atestigua el mensaje del padre Honorato, un legado perenne, escrito para siempre en la historia de la Iglesia y en la vida del hombre. Uno de los deberes de las generaciones venideras será actualizarlo, leer atentamente este mensaje para utilizarlo con sabiduría.

En esta línea discurre la beatificación del padre Honorato el 16 de octubre de 1988 realizada por el papa Juan Pablo II en el décimo aniversario de su pontificado.⁽¹⁾

Para confirmarlo podemos aducir el resurgimiento de la orden capuchina en Polonia y el desarrollo de las «congregaciones clandestinas» que están muy lejos de perecer. La dominación rusa había condenado a la extinción a las órdenes religiosas. Como «tumba de los Hermanos Menores Capuchinos» señaló el convento de Nowe Miasto. Se equivocó. Ciertamente que pasó por el huerto de Getsemaní,

la unidad de fe y amor. En su nativa Podlaska se alzan nuevos conventos capuchinos, en Serpelice, en Wlodawa-Orchówek y... en Biala Podlaska.

Otro tanto podemos afirmar de las congregaciones, que despliegan su actividad evangélica en todas las partes del mundo. Están presentes no sólo en los territorios pertenecientes a la Rusia de los zares, sino también en Suecia, Alemania, Inglaterra, Austria, Francia, Bélgica, Italia, Estados Unidos, Brasil, Namibia, Ruanda, Kenia, Libia, Australia. A pesar de las responsabilidades y de un trabajo tan extenso territorialmente, no olvidan nunca su obligación particular con respecto a la Rzeczpospolita, es decir, con respecto a sus compatriotas.

La casa natal deja siempre su impronta, el humus espiritual donde crecimos nos acompaña siempre ayudándonos a superar todas las dificultades. Sucede con frecuencia que nos sirve como de llave para abrírnos la puerta hacia Dios en los ambientes o épocas que nos toca vivir. Es algo que se demuestra con evidencia en la biografía del padre Honorato. El aporta algo personal: a la distancia de decenas de años del concilio Vaticano II sugiere el significado que tienen los signos de los tiempos en los planes divinos. Merece la pena el esfuerzo por interpretarlos y el compromiso de introducir su dinámica en la vida.

Para el beato Honorato esto resultaba normal. Nunca perdió la paciencia cuando los signos de los tiempos aumentaban las dificultades y nada le detuvo en atender su lectura. En esto reside la capacidad de un maestro y la habilidad de un pragmático. El Señor conoce nuestros pensamientos, nuestras aspiraciones, nuestros proyectos y no suele abandonar por largo tiempo a los que confían en él. Esta enseñanza la aprendió de la vida oculta y discreta que Jesús y la Virgen llevaban en Nazaret. A idénticas conclusiones llegó de la mano de S. Francisco por el camino tortuoso del pensamiento humano. Afortunadamente el discípulo



Iglesia de los Capuchinos en Serpelice

lo mostró gran diligencia y aprendió estupendamente cómo ser santo; se empeñó con tenacidad en el cumplimiento de su misión personal.

Finalmente el discípulo se tradujo en signo. Un signo para muchos otros, signo extraordinariamente inteligible, elocuente y convincente. Lo fue durante su vida y lo continúa siendo después de su muerte. Como entonces, también ahora es un signo de reconciliación. El padre Honorato convoca y une desde su tumba. Las ocasiones no faltan. Los efectos del pecado original se manifiestan sobre todo en la facilidad con que los hombres se enfrentan fratricidamente unos contra otros y rompen las relaciones personales con Dios.

Ahora podemos comprender la grandeza de la decisión tomada por los obispos polacos; guiados por el cardenal Wyszyński se dirigieron a todos los católicos del mundo para que participasen al menos espiritualmente, con ocasión del milenio del bautismo de Polonia, en un apremiante acto de acción de gracias. Una participación conjunta en actos de tales dimensiones no se puede concebir sin la precedente reconciliación con todos, incluídos aquellos a los que se podía pedir cuentas por diversas razones.

La iniciativa fue madurando lentamente y más lentamente todavía rindió sus frutos. Dos meses antes del día de oración por la paz promovido por el pontífice Juan Pablo II (Asís, 27 de octubre de 1986), llegó a Polonia la delegación de obispos alemanes como respuesta al anterior llamamiento de los obispos polacos. El 25 de agosto de 1986 las dos delegaciones (la polaca encabezada por el cardenal Józef Glemp y la alemana por el cardenal Jozef Höfner) en su peregrinación hacia Jasna Góra se detuvieron en la tumba del padre Honorato en Nowe Miasto. No podía ser de otra manera. Era imposible alcanzar una sincera reconciliación entre estos dos pueblos sin rendir un homenaje a aquel que tanto (y en tiempos tan duros) había trabajado por mante-



*Encuentro en torno a la tumba del padre Honorato. Nowe Miasto
(25 de agosto 1986)*

ner la unidad y la comunión en el espíritu de fe y de amor. Lo destacó elocuentemente en su discurso el obispo de Essen, hoy cardenal, Franz Hensbach.

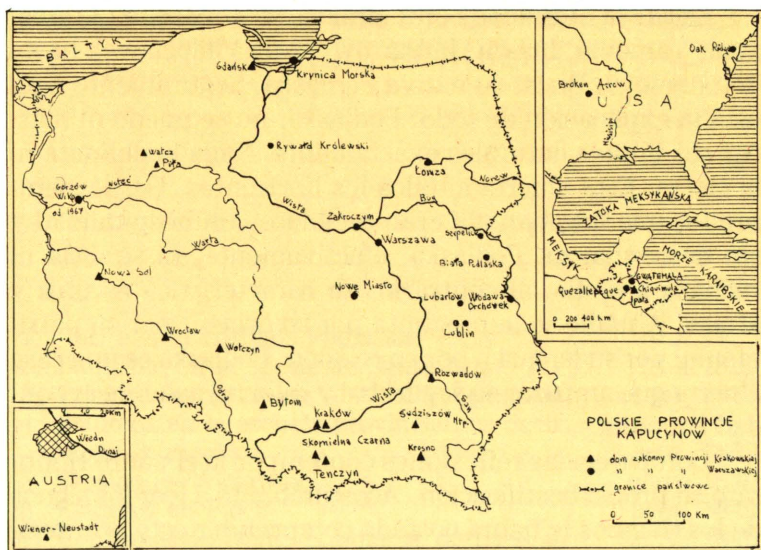
El hijo de Pedro Bernardone tuvo que emocionarse al contemplar reunidos en torno a su tumba a los jefes de las religiones más numerosas para orar juntos por la paz, la comprensión recíproca y la unidad. Entre ellos estaba presente personalmente el pontífice, el sucesor de Inocencio III y Honorio IV, el Vicario de Cristo, el Santo Padre Juan Pablo II.

Con seguridad que mayor fue la emoción y estupor del hijo de Esteban Koźmiński al contemplar reunidos en torno a su tumba en Nowe Miasto a los obispos polacos y ale-



Juan Pablo II declara la heroicidad de las virtudes del padre Honorato (16.III.1987)

manes. Se preguntaría por qué sucedía todo esto. Y se acordaría de las ofrendas eucarísticas, de las meditaciones y la oración del breviario, de las horas pasadas en oración, de los días de recogimiento, los retiros espirituales con la firme decisión de observar los propósitos, los rosarios y coronas, los viacrucis y las disciplinas. Se acordaría de las innumerables pruebas, de las dificultades, de los sacrificios: las enfermedades, la cárcel, la restricción de la libertad a lo largo de medio siglo, las calumnias propaladas en algunos ambientes, el escándalo de los mariavitas y la incons-



Las Provincias capuchinas en Polonia en 1983

tancia de algunos penitentes, las propias debilidades y las de sus hermanos y hermanas; las acusaciones cursadas a la Santa Sede; en fin, las desgracias familiares, nacionales y humanas. Su existencia íntegra.

Pasó revista fugazmente a sus deberes y actividades. Había sido religioso y sacerdote. Ejerció las funciones de guardián (superior) de secretario y consejero provincial, director de la tercera orden y comisario general de la orden capuchina. Había fundado muchas congregaciones, pronunciado muchas homilías, confesado millares de personas, escrito libros y cartas numerosas. No le había sido ajena casi ninguna actividad humana a las que se entregó abnegadamente. A pesar de todo, sus ojos no daban crédito a lo que estaba sucediendo en Nowe Miasto alrededor de su tumba.

Desde la eternidad contemplaba Nowe Miasto, Zakroczym, Varsovia, Lublín, Lubartów, Plock, Wloclawek hasta detenerse en Biala, su nativa Podlaska. Seguramente aquí está la explicación de todo: Podlaska: no se puede ni marcar sus límites naturales exactamente. Nada la delimita ni la cierra. Está abierta a todos los horizontes. Desde siempre los que llegaban allí eran recibidos con hospitalidad y sin desconfianza. Podlaska, efectivamente, ni se aísla ni rechaza a nadie: al contrario, su característica es unir y atraer. A nadie se le pregunta por su origen, por su patrimonio, por su lengua o por su religión. Podlaska es una casa abierta que ampara, da seguridad y calor, el calor de la bondad humana.

Con parecidas reflexiones contemplaría el padre Honorato su propia beatificación. Acostumbrado a leer los signos de los tiempos le habrá costado comprender este acontecimiento. Este título que reconoce y enaltece su santidad y del que se creería indigno, tiene que tener un sentido profundo en los planes de Dios: Dios quiere que Honorato Koźmiński continúe su misión sobre la tierra. Como Beato es un reclamo puesto en lo alto del monte que invita a todos los habitantes de la tierra a compartir con él la fe, la esperanza y la caridad. Nos invita con generosidad y alegría. Como buen franciscano.

¡Testigos de nuestra fe caminemos con esperanza hacia el dos mil!



(1) Y ciento cincuenta y nueve del nacimiento del nuevo Beato.

DATOS IMPORTANTES DE LA VIDA Y OBRA DEL PADRE HONORATO

1. Nacimiento en Biala Podlaska	16.X.1829
2. Bautismo en la iglesia de Santa Ana	18.X.1829
3. Primeros estudios en la escuela elemental	sept. 1835
4. Estudios en la escuela provincial, es decir, media y superior	sept. 1837
5. Traslado a Wlclawek	mayo 1840
6. Estudios en Plock	sept. 1840
7. Confirmación (toma el nombre de Esteban)	26.XII.1840
8. Título de bachiller	27.VI.1844
9. Estudios en la Escuela de Bellas Artes de Varsovia	sept. 1844
10. Muerte de su padre Esteban	2.IX.1845
11. Encarcelamiento en la Ciudadela de Varsovia	23.IV.1846
12. Conversión interior	15.VIII.1846
13. Libertad	21.III.1847
14. Ingreso en la Orden Capuchina	8.XII.1848
15. Primera profesión religiosa	21.XII.1848
16. Estudios seminarísticos en Lublín	1849
17. Profesión religiosa solemne en Lublín	18.XII.1850
18. Continuación de los estudios seminarísticos en Varsovia	1851
19. Ordenación sacerdotal en la iglesia de Santa Cruz en Varsovia	27.XII.1852
20. Fundación de la congregación de las Hermanas Felicianas	21.XI.1855
21. Cura de reposo en Kolan y Rózanka	1857
22. Concesión de facultades especiales para asuntos de la Tercera Orden Franciscana	30.I.1859
23. Definidor (consejero) provincial	18.VIII.1859
24. Guardián (superior) del convento de Varsovia	17.IX.1860

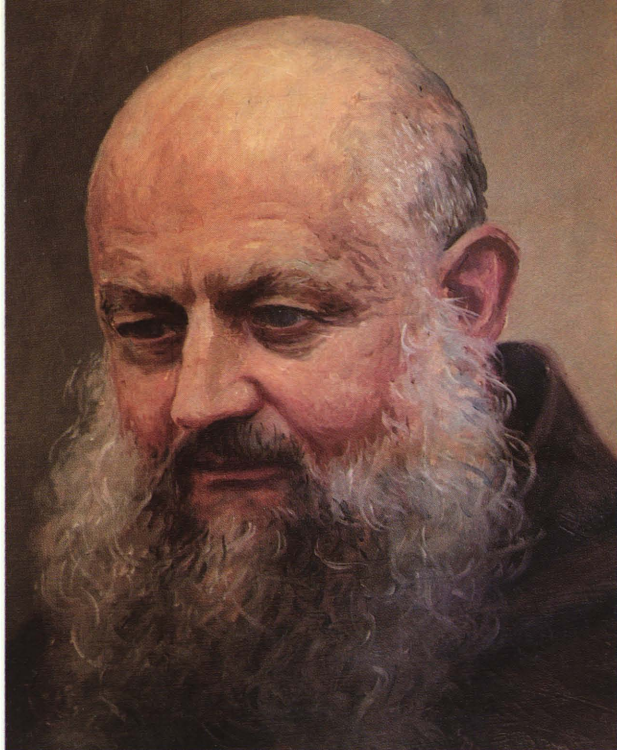
25. Fundación de las Hermanas Capuchinas 4.X.1860
26. Presencia en la ejecución del Padre Agripino Konarski 12.VI.1863
27. Presencia en la ejecución de los miembros del Gobierno Nacional 5.VIII.1864
28. Supresión del convento de Varsovia y traslado a Zakroczym 28./29.XI.1864
29. Supresión de la congregación de las Felicianas 17.XII.1864
30. Fundación de la congregación de las Mensajeras del Sagrado Corazón de Jesús 2.II.1874
31. Fundación de la congregación de las Pequeñas Siervas de la BVM Inmaculada 7.X.1878
32. Fundación de la congregación de las Hermanas Seráficas 8.IV.1881
33. Fundación de la congregación de las Hermanas Franciscanas de los Afligidos 26.IV.1882
34. Fundación de la congregación de las Vestidoras 12.XI.1882
35. Fundación de la congregación de los Hermanos de S. José 15.VIII.1883
36. Fundación de la congregación de las Siervas de Jesús 8.XII.1884
37. Fundación de la congregación de las Hermanas del Corazón Purísimo de María 8.XII.1885
38. Muerte de su madre Alejandra Koźmiński en Cracovia 18.VI.1886
39. Fundación de la congregación de las Hermanas del Santísimo Nombre de Jesús 10.XII.1887
40. Fundación de la congregación de las Pequeñas Hermanas del Corazón Inmaculado de María (fabryczne) 4.X.1888
41. Fundación de la congregación de las Reparadoras de la Santísima Faz 21.XI.1888
42. Decreto de la Santa Sede «Ecclesia Catholica» en relación con las congregaciones de vida «clandestina» 9.VIII.1889
43. Fundación de la congregación de las Auxiliadoras de las Animas del Purgatorio 10.XI.1889
44. Fundación de la congregación de las Hijas de María Inmaculada 21.XI.1891
45. Supresión del convento de Zakroczym y traslado a Nowe Miasto nad Pilica 8.VI.1892

46. Fundación de la congregación de los Hermanos Doloristas 8.XII.1893
47. Fundación de la congregación de las Consoladoras del Corazón Sacratísimo de Jesús 19.III.1894
48. Comisario general de los Capuchinos en el Imperio ruso 3.V.1895
49. Fundación de la congregación de las Siervas de la Madre del Buen Pastor 21.XI.1895
50. Redacta textos para el misal y el breviario de la fiesta de la Virgen de Claramonte 1903
51. Publicación de una proclama al pueblo polaco invitándole a peregrinar a Jasna Góra 1906
52. Destitución como director de las congregaciones 23.VI.1908
53. Apostasía del padre Antonio (Isidoro Wyslouch) 28.VIII.1908
54. Bombardeo de Nowe Miasto 27.X.1914
55. Muerte del padre Honorato 16.XII.1916
56. Funerales del padre Honorato 21.XII.1916
57. Curación de la hermana Dominica Muraszewska («Fabryczne») en Czestochowa por intercesión del padre Honorato 2.VII.1926
58. Comienzo del proceso de beatificación 7.IV.1949
59. Examen de los escritos del padre Honorato por la Congregación de las Causas de los Santos 5.IV.1974
60. Examen de los restos del padre Honorato y traslado a un sepulcro nuevo en la capilla lateral de la iglesia 10.XII.1975
61. Decreto sobre la heroicidad de las virtudes del padre Honorato. La causa la presentó el cardenal A. Deskur 16.III.1987
62. Última reunión de los cardenales y obispos, miembros de la Congregación para la Causa de los Santos, para la beatificación del padre Honorato. La presentó el arzobispo Jerzy Ablewicz 17.V.1988
63. El Santo Padre Juan Pablo II proclama BEATO al padre Honorato Koźmiński, capuchino 16.X.1988

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

1. Interior de la iglesia de los Capuchinos en Biala Podlaska
2. Convento de los Capuchinos en Biala Podlaska
3. Arte popular en Podlasia
4. Sede del Instituto de bachillerato Józef Ignacy Kraszewski en Biala Podlaska (antes Academia de Biala y Escuela Provincial)
5. Torre del antiguo castillo de los Radziwill en Biala Podlaska
6. Martirio de los «uniatas» en Pratulin
7. Convento de los Capuchinos de rito oriental en Lubieszów
8. Alejandra Koźmińska
9. Wenceslao Koźmiński
10. Manuscrito del beato Honorato
11. Padre Honorato Koźmiński
12. Padre Procopio y padre Honorato
13. Padre Honorato en el «desierto»
14. Confesonario del P. Honorato en Nowe Miasto
15. Padre Honorato en el féretro
16. Altar de S. Félix en la iglesia de Capuchinos en Varsovia, completamente quemado durante la insurrección de 1944
17. Estatua de la Virgen Inmaculada bendecida por el padre Honorato en Rózanka. Actualmente se encuentra en Adampol, cerca de Wlodawa.
18. La iglesia de los Capuchinos en Zakroczym
19. Zakroczym: iglesia y convento de los Capuchinos
20. Przasnysz: convento de las Hermanas Clarisas Capuchinas
21. Casa madre de las Hijas del Corazón Purísimo de María en Nowe Miasto

22. Nowe Miasto: convento de los Capuchinos
23. Nowe Miasto: sepulcro en la capilla lateral que guarda los restos del padre Honorato desde 1975
24. Asistencia a un condenado a muerte por motivos políticos
25. Juan Pablo II en la iglesia de los Capuchinos de Varsovia, ante el sarcófago que contiene el corazón de Juan III Sobieski (17-junio-1983)
26. Escudo de Biala Podlaska. A la derecha la iglesia de Santa Ana
27. Archivo Vaticano: ofrendas espirituales al papa Pio XI presentadas por las congregaciones del padre Honorato (A)
28. Archivo Vaticano: ofrendas espirituales al papa Pio XI presentadas por las congregaciones del padre Honorato (B)
29. Interior de la iglesia de los Capuchinos en Wlodawa-Orchówek
30. Lublín: claustro del convento de Capuchinos
31. Durante la audiencia del 28 de marzo de 1988
32. Capilla privada del Santo Padre en el Vaticano
33. Las vocaciones maduran alrededor de la tumba del padre Honorato
34. Celebración «encuentro» en Serpelice (1981)
35. Los capuchinos en la época de los repartos
36. Iglesia de los Capuchinos en Serpelice
37. Encuentro en torno a la tumba del padre Honorato. Nowe Miasto (25 de agosto 1986)
38. Juan Pablo II declara la heroicidad de las virtudes del padre Honorato (16.III.1987)
39. Las Provincias capuchinas en Polonia en 1983



ORACION PARA PEDIR LA CANONIZACION DEL PADRE HONORATO

Señor Jesucristo que por intercesión de tus siervos concedes generosamente beneficios a tus fieles, concédeme, por intercesión del Beato Honorato, la gracia... que imploro con humildad y confianza. Dígnate otorgar a tu siervo y fiel apóstol la corona de los santos para aumento de tu gloria y el provecho de las almas. Por Cristo nuestro Señor.. Amén.

Se ruega a quien obtenga alguna gracia por intercesión del Beato Honorato que envíe la comunicación a Los Hermanos Menores Capuchinos, ul. Kapucyńska, 4, 00-245 Varsovia. Para cualquier información sobre peregrinaciones a la tumba del Beato y otros actos que allí se celebran, dirigirse al Convento de los Hermanos Menores Capuchinos, Plac Wolności 19, 26-420 Nowe Miasto n/Pilica (Woj. Radom) - Polonia.

INDICE

1.	A modo de introduccion	3
2.	Datos historicos sobre Podlaska	5
3.	La Familia Kozminski	17
4.	La vocacion Franciscana	29
5.	La actividad apostolica	37
6.	La Patria, herencia y compromiso	50
7.	Las nuevas familias religiosas	57
8.	Un hombre de union	70
9.	El mensaje del Padre Honorato	78
10.	Datos importantes de la vida y obra del Padre Honorato	87
11.	Indice de las ilustraciones	91
12.	Oracion para pedir la canonizacion del Padre Honorato	93

XV
Dyd

